

¡VIVA EL CIRCO!

Enid Blyton



de

Lectulandia

El circo de Sr. Galliano está en Westsea y es Pascua. El campamento se ha asentado entre campanillas y primulas que están por todas partes. Jimmy y Lotta salen a pasear por las colinas que están ardiendo con un aura dorada y también pasean por la playa cercana acompañados por «Lucky», el perro de Jimmy y «Lulu», que es un perro de aguas negro adoptado por los dos niños después de haber sido maltratados por exempleados del circo.

Lectulandia

Enid Blyton

¡Viva el circo!

Circo Galliano - 2

ePub r1.0

Titivillus 18.02.2019

Título original: *Hurrah for the circus!*

Enid Blyton, 1939

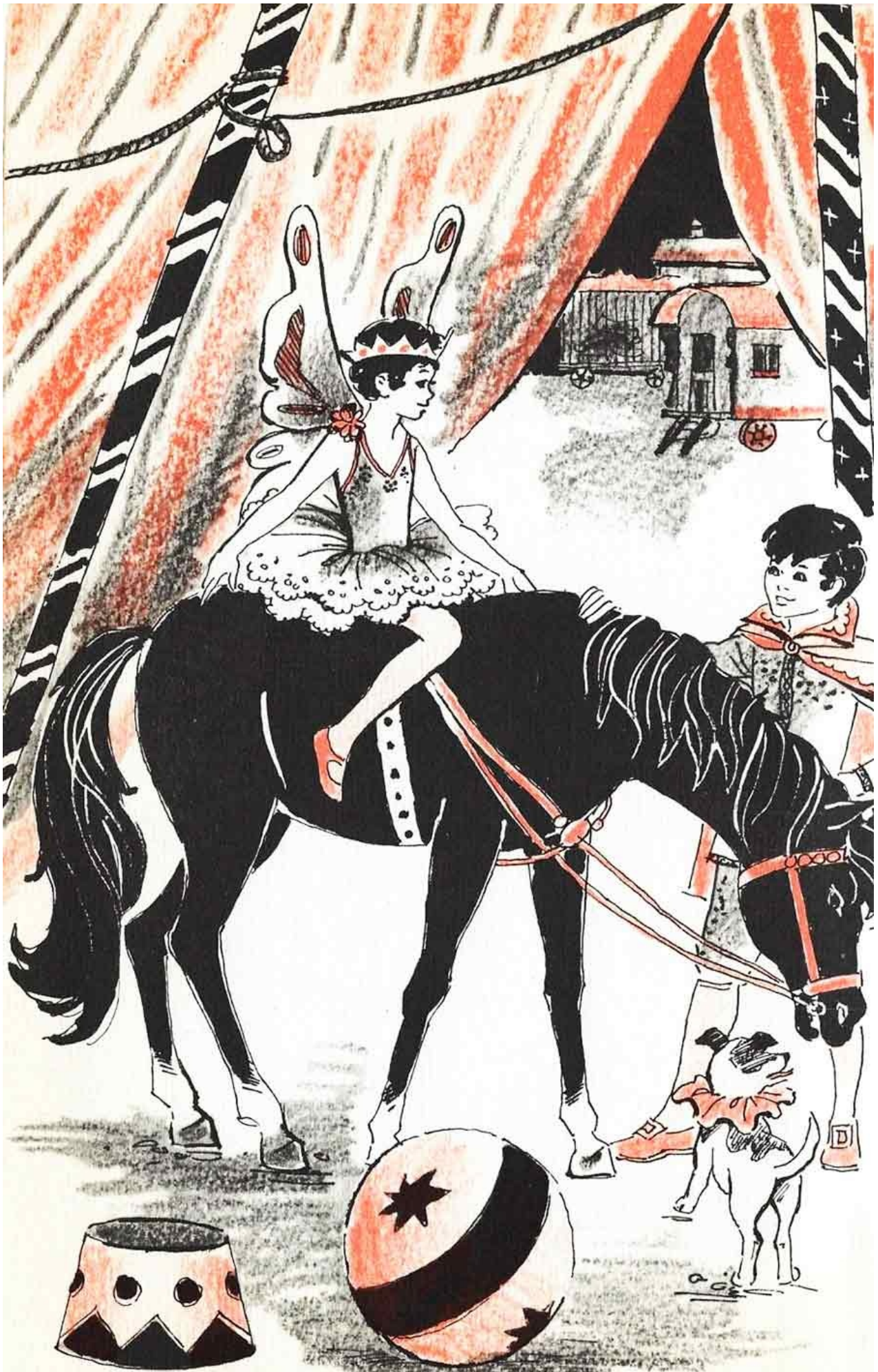
Traducción: Eulalia Boada

Ilustraciones: José Correas

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com



PREFACIO

Queridos niños:

He escrito otro libro sobre el Circo del señor Galliano, Espero que os gustará. En él encontraréis de nuevo a vuestros amiguitos Jimmy y Lotta y a todos sus compañeros.

El señor Galliano está sobre la pista restallando su largo látigo para que empiece la función.

Mis mejores deseos para todos vosotros, mis amiguitos.

Enid Blyton
=

P. S.- Desde que terminé este libro, ha salido otra historia sobre el señor Galliano y su circo. Tenéis que leerla. Os gustará. Ya veréis. Se titula *Vuelve el circo Galliano*.

CAPÍTULO PRIMERO

EL CIRCO GALLIANO

¡Ta-ra-rííí!... ¡Ta-ra-rííí!... ¡Ta-ra-rííí!...

El sonido de las trompetas llenaba la calle mayor del pueblo y todos los niños se asomaban a las ventanas y salían de sus casas.

¿Qué pasa?... ¿Qué ocurre?... ¡Llega el circo!... ¡Escuchad las trompetas!

Mirad allí, ¡qué hermoso caballo negro!... ¡Ya vienen!... ¡Ya llegan!... ¡Viva el circo!

Todos los niños corrían detrás de los artistas del famoso circo del señor Galliano.

Ahí viene su preciosa carreta que brilla como si fuera de oro. Podéis ver al señor Galliano sentado en ella. Viste elegantemente y tiene unos enormes bigotes curvados hacia arriba. Levanta su sombrero de copa y nos hace una reverencia. Su esposa sonríe y agita su regordeta mano.

El brillante carruaje lleva un tiro de maravillosos caballos blancos relucientes como la seda, que sacuden arrogantes la cabeza.

—¡Hop!... ¡Hop!... —exclama Pepita, una linda amazona que monta el primero de ellos.

El caballo anda a pequeños pasitos y levanta graciosamente las patas y todos los niños aplauden con entusiasmo. Detrás de Pepita van sus hermanos, Juanita y Lou, que montan también otros caballos. Con ellos va «Pegajoso» Stanley, el viejo payaso, con su cómico traje rojo y negro. El payaso toca una trompeta, golpea una olla, como si fuese un tambor, y arroja caramelos a los chiquillos.

—¡Venid a verme al circo! —grita Stanley—. Soy el mejor de todos, sí, señor —y se pone la olla sobre la cabeza y danza tan cómicamente, que todos los niños le siguen saltando y brincando a su alrededor.

Ahora vienen las carretas de la caravana. Llamativas casas con ruedas. ¡Cómo les hubiera gustado a los chicos fisgonear en su interior! ¡Qué divertido debía ser vivir en una caravana de un circo!

Por ahí llega una preciosa carreta pintada de amarillo con las cortinas flotando al viento. ¿Sabéis a quién pertenece? ¡Seguro que sí!

Pertenece a Jimmy, nuestro viejo amigo Jimmy, que vive allí con sus padres y con Lotta.

Los padres de Lotta hace más de seis meses que están viajando por el extranjero para comprar nuevos caballos, así que Lotta vive ahora con los padres de Jimmy, los señores Brown.

Lotta está atisbando fuera de la carreta, y sus negros rizos revolotean sobre su frente. También está Jimmy sentado en los escalones de la parte trasera del carro que les sirve de casa y tiene sobre sus rodillas a la famosa perrita «Lucky».

Nosotros saludamos a «Lucky», la inteligente «fox-terrier», que es tan lista, que sabe andar sobre la cuerda floja, sabe contar y hasta escribir, «Lucky» es una perrita encantadora y Jimmy la quiere muchísimo y está muy orgulloso de ella.

El señor Brown conduce el caromato. Junto a él está sentada una rolliza perrita de raza «spaniel» de color negro que atiende por «Lulú». Es una perrita que Jimmy y Lotta salvaron una vez de las manos de dos crueles personas. «Lulú» no es muy inteligente, pero es muy cariñosa y un buen perro de guardia. ¿Veis a la señora Brown en la caravana? Está cocinando, y debe de ser algo muy bueno por el buen olor que despide.

Ahora todo el mundo grita alborozado. ¡He aquí al elefante «Jumbo» agitando sus enormes orejas y extendiendo su trompa para atrapar cacahuetes!

¡Vamos a darle uno!

Lo atrapa y se lo mete en la boca, y el señor Tonks, su guardián, inclina la cabeza y nos da las gracias. El señor Tonks es un hombrecillo la mar de simpático que quiere a su elefante más que a nada en el mundo.

«Jumbo» es fuerte. Arrastra tres jaulas. En una de ellas está «Sammy», el famoso chimpancé, que hoy lleva un viejo sombrero que pertenecía a la señora Brown y se siente orgulloso de él. ¡Qué divertido es «Sammy»!

—¿Qué sabe hacer tu chimpancé? —gritan los niños del pueblo al señor Wally, el que cuida del simpático animal.

—Lo mismo que vosotros —les contesta dando grandes voces—. Sabe vestirse y desnudarse, se pone el pijama y se mete en la cama. También se limpia los dientes y se cepilla el pelo, monta en bicicleta... en fin, venid a verle mañana por la noche.

«Sammy» se coloca el sombrero hacia atrás y saluda a todos los niños sonriéndoles a la manera de los chimpancés. Está deseando poder jugar con «Lucky» porque la quiere mucho.

En otra jaula, detrás de la de «Sammy», vemos a tres listísimos monitos que pertenecen a Liliput, que es el que va sentado en el estribo. Todos los monos van vestidos con unas chaquetas rojas de lana, porque hace mucho frío. Se apretujan unos contra otros y parlotean entre sí, enseñando los dientes a los niños que los contemplan. Liliput tiene con él una monita, la pequeña «Jemima». Se la ha colocado alrededor del cuello, como si fuera una bufanda, y el animalito mordisquea el rojizo pelo de Liliput. ¡Qué graciosa es «Jemima»! Sabe hacer muchas cosas y todos la quieren mucho, aunque algunas veces es muy enredona.

Entre ovaciones, aplausos y vítores el circo se dirigió a la pradera donde tenían que acampar. ¡Cuánto trabajo tenían que hacer para montar las tiendas! Y todo tenían que dejarlo listo en muy poco tiempo: levantar la carpa y las tiendas, lavar la ropa, preparar la comida y también ensayar los complicados ejercicios.

Ahora vamos a ver a nuestros viejos amigos Jimmy y Lotta. Los encontraremos en la carreta de color amarillo. La señora Brown los está llamando para que vayan a comer. El señor Brown, que es carpintero, es quien ayuda a todos en el circo. Ahora está montando las tiendas mientras se come un bocadillo. Siempre se encuentra muy ocupado y todos le llaman: «¡Brownie!»... «Echame una mano»... «¡Brownie, ayúdame a colocar esto!»... Y el señor Brown corre de un lado para otro, con sus bártulos a cuestas, arreglándolo todo.

Estamos en Pascua. El circo está en un pueblo que se llama Westsea y el prado donde acampan está muy cerca del mar.

Jimmy y Lotta oían el rumor de las olas mientras comían.

—Nunca había estado en el mar —dijo Jimmy—. ¡Qué bien lo pasaremos aquí, Lotta! Podremos ir todos los días antes de desayunarnos a pasear por la playa.

—¡Guau! —ladró «Lucky» lamiendo la mano de Jimmy.

—Tú también vendrás —la tranquilizó Jimmy acariciándole la cabeza—. Y también «Lulú». Mamá, ¿tienes una salchicha para «Lulú»? Está enfadada porque «Lucky» ha comido más que ella.

La señora Brown arrojó una salchicha a «Lulú», pero, antes de que la «spaniel» la pudiera alcanzar, una sombra salió disparada de debajo de la carreta y se la quitó. «Lulú» salió corriendo tras ella.

—Es «Jemima». Qué mala es esta mona —exclamó Jimmy—. Quítasela, «Lulú».

Los dos niños se reían viendo a la gordita «Lulú» corriendo tras la astuta mona. «Jemima» no quería la salchicha para comérsela, porque no le gustaban, pero lo hizo para fastidiar a la pobre «Lulú». Cuando la perrita hubo dado dos vueltas alrededor del campamento persiguiendo a «Jemima», ésta se subió de pronto a lo alto de la carreta de Jimmy y colocó la salchicha al borde del techo, donde «Lulú» pudiese verla bien e incluso olerla, pero sin poder alcanzarla.

—¡«Jemima»! Bájate de ahí —le gritaba Jimmy.

La señora Brown cogió un palo e hizo caer la salchicha al suelo. Esta vez «Lulú» fue más rápida, la tomó y en dos bocados se la tragó. «Jemima» rechinó los dientes, que es su forma de reír, y salió de estampida en busca de Liliput. Éste precisamente la estaba buscando para darle un vaso de naranjada. «Jemima» era la única de las cuatro monas a quien se le permitía andar suelta por ser la que estaba más domesticada.

Jimmy y Lotta terminaron de comer y fueron a ver si podían ayudar en algo. Jimmy se ofreció para llevar a «Jumbo» hasta el arroyo, para que bebiera agua y pudiera lavarse, mientras el señor Tonks acababa de montar la tienda para el elefante.

—De acuerdo, Jimmy —dijo Tonks, que sabía que podía confiar al chico cualquier animal—. ¡Arriba, «Jumbo»!

El elefante enroscó suavemente su trompa alrededor del cuerpo de Jimmy y lo colocó en lo alto de su enorme cuello. Luego se dirigió directamente al arroyo que atravesaba el prado.

Lotta fue a ayudar a Pepita y a Juanita, que trabajaban con unos hermosos cabellos blancos. Tenían mucho que hacer con ellos; los cepillaba hasta que su pelo brillaba. Lotta los quería mucho y se preocupaba por su salud, alimentación y aseó.

Sólo le permitirían montar cuando sus padres, Lal y Laddo, tuvieran sus propios caballos. Lal y Laddo estaban muy lejos, en el extranjero, donde habían ido a comprar algunos caballos de circo. Lotta echaba de menos a sus padres y deseaba que regresaran.

Jimmy salía cada noche a ella pista con su perra «Lucky» y el público le aplaudía mucho. El chico vestía un maravilloso traje que resplandecía como si fuera de plata. Hacía ondear su capa de terciopelo rojo y saludaba con una reverencia a la ovación que le dispensaba el público.

—¡Bien, Jimmy!... ¡Bien, «Lucky»! —gritaban todos—. ¡Que se repita! ¡Que se repita!



CAPÍTULO II

JIMMY Y LOTTA SE DIVIERTEN

Era estupendo vivir cerca del mar. En aquel tiempo del año el mar estaba maravilloso. Detrás del circo se alzaban verdes colinas, llenas de florecillas de color dorado.

—Huelen igual que la manteca de cacao —decía Lotta aspirando su perfume—. Dan ganas de comerlas.

—Pruébalas —propuso Jimmy riéndose—. Me gustaría llevar una en mi ojal, pero tienen demasiadas espinas. En lugares ocultos crecían campanillas azules. Otras, de color blanco, se asomaban en los húmedos parajes y los niños recogían grandes ramos y los llevaban al campamento. Eran muy, muy felices.

Daban largos paseos por las colinas con «Lucky» y «Lulú» o, si había marea baja, caminaban por la playa, se quitaban los zapatos y chapoteaban en el agua. «Lucky» perseguía las olas en su ir y venir sobre la arena de la playa.

—Mira —dijo Lotta señalando a la perra—. Ahora mete la nariz en un charco. ¿Qué habrá encontrado?

Era un cangrejo y estaba muy irritado porque le habían interrumpido la siesta. «Lucky» cavó un agujero intentando alcanzarlo, pero el bicho se enterró en la húmeda arena. «Lucky» metió la nariz en el agujero y dio un aullido de terror, saltó hacia atrás y quedóse con el rabo entre las patas, rascándose furiosamente el hocico.

—El cangrejo le ha mordido la nariz, pobrecita —dijo Lotta.

—No te metas con los cangrejos y ellos no se meterán contigo, «Lucky» —señaló Jimmy, conmovido en el fondo.

—Quisiera que mis padres estuvieran aquí —dijo Lotta arrojando una piedra al mar—. Así podría trabajar con ellos en el circo. De lo contrario, no voy a poder hacerlo nunca. ¡Cómo te envidio, Jimmy! Tú sales todas las noches a la pista.

—No te preocupes, Lotta —dijo Jimmy—. Tú has pertenecido al circo toda tu vida; yo, en cambio, llegué aquí el año pasado. Me llevas una gran ventaja. Quizás Juanita y sus hermanos te dejarán trabajar con ellos.

—Se lo preguntaré cuando regresemos —exclamó Lotta animándose—. Volvamos ya, «Lulú». Vamos, «Lucky», a casa.

«Lulú» volvió corriendo por la orilla del agua salpicándoles a todos. «Lucky» arrastraba unas algas que depositó a los pies de Jimmy.

Jimmy colgó las algas de un palo y se lo dio a «Lucky».

—Vamos, «Lucky». Esto es una bandera y tú eres el capitán. ¡Cógela!

«Lucky» se levantó sobre sus patas traseras y sujetó el palo como si fuese un soldado. Andaba contoneándose, detrás de los dos niños, con pequeños pasitos, moviendo la cola. «Lulú» la miraba con aprobación. «Lucky» se imaginaba ser una gran «vedette», Se pavoneó frente a «Lulú», levantó su hocico con orgullo y... se metió en un charco de agua que no había visto.

Los niños se rieron mucho.

—Vamos a casa. Las perritas están mojadas y tenemos que secarlas porque hace frío —propuso Jimmy.

El muchacho se preocupaba mucho por los animales que tenía bajo su cuidado. En seguida notaba si uno de ellos estaba enfermo o se sentía desgraciado.

—Ahí está «Jumbo» bañándose en el mar —gritó Lotta señalándole.

Y, en efecto, «Jumbo» se llenaba la trompa de agua y se la echaba por encima, como si fuera una ducha. De pronto vio a los niños y sus ojillos brillaron de alegría.

—¡Hola, «Jumbo»! —exclamó Lotta acercándose al animal.

El elefante apuntó su trompa hacia ella e intentó mojarla, pero Lotta se escapó riéndose.

De regreso al campamento, los chicos se pusieron en seguida a trabajar.

—Lotta, ve a buscar agua al arroyo —pidió la señora Brown—. Y tú, Jimmy, ve a ayudar al señor Wally a limpiar la jaula de «Sammy».

—De acuerdo, pero primero tengo que secar a las perras.

Cogió dos toallas y empezó a restregarlas vigorosamente. «Lulú» le lamió la mano y fue a echarse sobre el felpudo que había frente a su carreta. «Lucky» siguió pegada a los talones de Jimmy cuando éste se dirigió a la jaula de «Sammy», que vivía con todo *confort*.

Pero la jaula estaba vacía, a medio limpiar y con la puerta abierta. Jimmy miró a su alrededor. No vio ni al señor Wally ni al chimpancé.

—¡Señor Wally! ¡Señor Wally! ¿Dónde está? —llamó Jimmy varias veces.

Una carita asustada le contemplaba desde debajo de una carreta. Era uno de los mozos que cuidaba los caballos del señor Galliano.

—¿Buscas al señor Wally? —preguntó en un murmullo.

—Tengo que verle. Pero, ¿por qué te escondes? —preguntó el chico extrañado.

El hombre salió de debajo de la carreta y se sacudió el traje.

—Le dije al señor Wally que le ayudaría a limpiar la jaula y dejé la puerta abierta sin echar el cerrojo. Bueno, pues ese miserable chimpancé saltó sobre mi espalda, me arrojó una escoba y desapareció. Entonces vino el señor Wally y se enfadó tanto cuando vio la jaula vacía que tuve que esconderme ahí debajo.

—¿Dónde está «Sammy»? —preguntó Jimmy alarmado.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —repuso el hombre sombríamente—. Yo soy el encargado de cuidar a los caballos, ¿no?, y no tengo nada que ver con los monos.

El mozo se marchó refunfuñando. Jimmy vio al señor Wally al otro lado del campamento y corrió hacia él.

—¿Encontró a «Sammy»? —le preguntó el niño.

—No —repuso el señor Wally muy preocupado—. Ese majadero le debió asustar y ha desaparecido. Ayúdame a buscarle, Jimmy.

Los dos buscaron por todas las tiendas llamando a «Sammy», pero no había rastro del chimpancé por ningún sitio. «Lucky» lo olfateaba todo, pero la verdad es que no ayudó mucho. La carreta de Jimmy estaba cerrada porque su madre había ido de compras y su padre estaba trabajando. No había nadie.

Al cabo de un rato regresó la señora Brown, llevando un cesto lleno de huevos, mantequilla y pan. Quedóse muy sorprendida al ver a su hijo, a Wally y a Lotta buscando por todas partes al chimpancé.

—Os haré té —dijo mientras subía las escaleras y abría la puerta.

Entonces ocurrió algo inesperado. La señora Brown dio un grito y bajó precipitadamente los escalones, cayéndose al suelo.

—¡Socorro! ¡Hay un hombre en la cama de Jimmy! —gritaba—. ¡Venid y echadlo fuera!

—Allá vamos —exclamó el señor Wally, y echó a correr hacia el carro seguido de los niños. Wally subió disparado hasta la habitación de Jimmy.

En efecto, había alguien en la cama de Jimmy. Se notaba un bulto bajo las sábanas y se oía un suave ronquido.

Jimmy estaba indignado. ¿Quién se había atrevido a meterse en su cama y ponerse a dormir tan tranquilo? Tiró fuertemente del cubrecama y... dio un grito de alegría.

Acurrucado y con los ojos cerrados estaba «Sammy». Llevaba puesto el pijama de Jimmy; se había metido en su cama porque, como quería mucho al niño y el mozo le había asustado cuando entró a limpiar la jaula, había salido a buscar a su amigo para que le protegiese. La puerta de la carreta estaba cerrada, pero «Sammy» trepó por la ventana.

—¡Mamá, pero si es «Sammy»! —dijo Jimmy muerto de risa.

Pero a la señora Brown no le hacía mucha gracia.

—He puesto sábanas limpias esta mañana y este pícaro chimpancé tiene que marcharse de ahí inmediatamente.

«Sammy» se levantó, se quitó el pijama de Jimmy y se vistió muy serio con sus ropas, con un ojo puesto en la señora Brown, que estaba verdaderamente enojada.

—Me gustan los monos, pero «no» en mis camas.

—De acuerdo, señora Brown —dijo el señor Wally mansamente, y salió con «Sammy».

Jimmy y Lotta se reían entre dientes mientras merendaban.

—Realmente —dijo la señora Brown—, nunca se sabe lo que puede ocurrir en un circo...

CAPÍTULO III

TODO VA BIEN

En el circo estaban todos contentos porque el espectáculo tenía mucho éxito y el señor Galliano alquiló el campo para una semana más. Cada noche se recaudaba una gran cantidad de dinero en taquilla.

—Puede que vuelva a pintar mi carreta —dijo Stanley, el payaso—. Y quizás también me haga un traje nuevo. Uno que lleve una larga cola.

—¡Una «cola»! —exclamó Lotta—. ¿Y para qué quieres una cola? Nunca he oído decir que un payaso llevase cola.

—Precisamente por eso yo quiero llevar una —repuso Stanley sonriendo burlonamente—. Piensa lo gracioso que estaría. ¡«Pegajoso» Stanley, el único payaso del mundo con cola!

—Te la pegarías sólo para trabajar, ¿verdad, Stanley? —preguntó Lotta—. Y podríamos tirar de ella.

Efectivamente. Stanley se compró un maravilloso traje que tenía una cola larga como la de una vaca que arrastraba detrás de él y siempre estaba tropezando con ella cuando se daba la vuelta. «Lucky» pensó que la cola era la mar de divertida y una noche, en plena función, corrió tras el payaso y le mordió la cola. Stanley dio un salto y echó a correr despavorido.

Menos mal que el público pensó que aquello formaba parte del espectáculo y se rieron mucho. Stanley pensó que sería mejor que «Lucky» repitiera este número cada noche.

—Pero tendrás que comprarme una cola nueva si «Lucky» llega a arrancármela —le advirtió a Jimmy—. O de otro modo tendrá que darme la suya.

Aquella semana el señor Galliano pagó a Jimmy una buena cantidad de dinero que había ganado con su trabajo en el circo. Apartó la mitad de lo que había ganado y compró a su madre un lindo vestido; a su padre, una sierra nueva, y a Lotta, un bonito par de zapatos que ésta se puso para complacer a Jimmy, puesto que a ella lo que le gustaba era andar descalza.

El señor Galliano pensaba introducir nuevos artistas. Los padres de Lotta se habían marchado y no regresarían durante algún tiempo. Todos pensaron que era una buena idea mejorar la función y añadir nuevos números de circo.

—Tenemos monos, un elefante, un chimpancé, «Lucky» y caballos danzarines —dijo la señora Galliano—. Podemos adquirir algunas focas.

—Bueno —asintió el señor Galliano—. Escribe a Philipppo a ver si quiere venir con sus focas amaestradas a nuestro circo. Sería estupendo. Saben aguantar sobre su

hocico grandes pelotas y se sientan sobre taburetes y se mueven graciosamente siguiendo el ritmo de la música.

Cuando Jimmy y Lotta supieron que iban a llegar al circo seis focas se pusieron muy contentos.

—Yo las vi una vez —dijo Lotta—. Son muy graciosas y les gusta mucho hacer travesuras, igual que a los monos, y, como los caballos, también saben seguir el ritmo de la música.

—Nunca he comprendido cómo pueden bailar tan bien los caballos —manifestó Jimmy.

—¿Has estado en el circo todos estos meses y aún no comprendes el truco?

—¿Es que «hay» truco?

—Desde luego que sí, Los caballos no danzan al ritmo de la música; es la música que les sigue a «ellos». Por eso unas veces tocan despacio y otras aprisa.

—No lo sabía —exclamó Jimmy asombrado—. Nunca se me hubiese ocurrido.

—Ya verás cuando lleguen las focas. Nos divertiremos mucho con ellas.

Pero las focas no llegaron. Resultó que el señor Philippo se había unido a otro circo y no podía ir al del señor Galliano. Los niños lo sintieron mucho.

—Me gustaría saber lo que «él» nos traerá —dijo Lotta.

—¡Gatos! —exclamó Jimmy malhumorado—. Apuesto a que traerá gatos.

—¿Conoces a gatos que sepan hacer algo interesante? —preguntó Lotta—. No saben hacer nada... a menos que se trate de grandes gatos.

—¿Grandes gatos? ¿Qué clase de grandes gatos? ¿Gatos gordos quieres decir?

Lotta se echó a reír de buena gana.

—Qué divertido «eres», Jimmy. ¿No sabes que los grandes gatos son los tigres o las panteras o cualquier otro felino salvaje?

—Nunca he visto a un tigre ni a un león, excepto en los libros. Pero me gustaría verlos al natural.

Jimmy pronto pudo verlos «al natural», porque el señor Galliano se enteró de que dos domadores llamados Roma y Fric eran propietarios de unos tigres.

Se lo dijo a su mujer y llamaron al señor Tonks, a Liliput y al señor Wally.

—He recibido una carta de Roma y Fric, que son los dueños de seis hermosos tigres que saben hacer muchas cosas: sentarse sobre taburetes, saltar a través de aros de papel, etc. ¿Habéis oído hablar de ellos? ¡Sí...!

—No me gustaría amaestrar esa clase de animales, sean tigres, leones, leopardos o linceos —dijo el señor Wally—. No es fácil actuar con ellos.

—No les gusta trabajar —añadió Liliput.

—Todas las noches habrá que montar una jaula para ellos en la pista, y esto es muy fatigoso —dijo Tonks sacudiendo la cabeza.

—Brownie se encargará de ello —dijo el señor Galliano—. Próximamente iremos a Liverpool y Roma y Fric estarán allí. Al público le gusta mucho ver actuar a los tigres.

—Pues a mí no me gusta tratar con ellos —repitió Wally—. Pero si al público le gusta verlos, supongo que tendremos que soportarlos. No me gustan. Son muy orgullosos.

De todos modos, al final se decidió que los tigres se unirían el circo en Liverpool. Jimmy y Lotta estaban emocionados.

—Yo también veré tigres «de verdad» —exclamó Jimmy sintiéndose feliz porque amaba a todos los animales, fuesen grandes o pequeños—. Quisiera poder ver a todos los animales del mundo.

—Eres un buen muchacho, Jimmy —dijo Tonks tirándole cariñosamente de las orejas—. Creo que incluso te interesaría domesticar pulgas. Es maravilloso ver tu amor por los animales.

Jimmy enrojeció de orgullo.

—Me haré amigo de los tigres. ¡Seguro!

—Pues no estés muy seguro —manifestó Tonks—. No hay que fiarse mucho de ellos. Considero que no deberían estar en un circo. Nunca llegan a ser tan mansos como «Jumbo» o «Sammy».

—Bueno, eso ya lo veremos.

La función en Westsea terminó aquel fin de semana y tuvieron que volver a desmontarlo todo de nuevo para transportarlo a Liverpool. El día que se marcharon de Westsea llovía a cántaros y los niños tuvieron que quedarse dentro de las carretas contemplando el melancólico paisaje.

Liverpool, en principio, no les gustó mucho, después de gozar de la libertad y la belleza de Westsea.

—No te preocupes, Lotta. Pronto veremos a los tigres. ¡Será estupendo! —dijo Jimmy.

LOS TIGRES LLEGAN AL CIRCO

El circo acampó en las afueras de Liverpool. El suelo estaba fangoso y hubo que trabajar duro para montar las tiendas y colocar las jaulas en su sitio. «Jumbo» fue de mucha utilidad; sus grandes patas se hundían en el barro.

—Los tigres todavía no han llegado —dijo Jimmy a Lotta contrariado.

—Llegarán mañana. Me lo ha dicho el director.

Aquella noche, cuando estuvo todo en orden, los niños se retiraron a su carreta con la ropa y el pelo completamente mojados. La señora Brown les mandó que se cambiasen de vestido porque el que llevaban estaba chorreando. Jimmy secó a «Lucky», a «Lulú» no hubo necesidad de hacerlo porque no se había movido en todo el tiempo de su comfortable cesta. La perrita adoraba a la señora Brown y le gustaba mucho estar cerca de ella.

La señora Brown cocinó un excelente estofado y los niños aspiraban el aroma con verdadero deleite. Estaban hambrientos. El señor Brown se sacó el impermeable, se lavó las manos y se sentó a la mesa. Al estofado le siguió unos pedazos de piña y cacao caliente con pastas.

—¡Qué bien se está aquí! —dijo Jimmy suspirando—. ¡Quién va a querer vivir en una casa, pudiendo vivir en una carreta como ésta!

—A mí también me gusta vivir aquí —añadió la señora Brown—. Y tenemos un carromato muy bonito, casi tanto como la «roulotte» del señor Galliano.

—A mí me gusta mucho —observó Lotta bebiéndose el cacao—. Echo de menos a mis padres, pero también me gusta vivir con ustedes.

—Y a nosotros nos gusta mucho tenerte aquí, Lotta —repuso la madre de Jimmy sonriendo—. Me ayudas en muchas cosas, pero aún no has aprendido que tus cabellos son mucho más bonitos cuando los cepillas. También olvidas limpiarte los dientes.

—Hasta «Sammy», el chimpancé, se los lava —explicó Jimmy sonriendo—. Sería mejor que tomaras ejemplo de él.

Lotta le pellizcó muy fuerte y el chico abrió la boca para gritar y se le cayó un trozo de piña al suelo.

—Y «tú» sería mejor que aprendieras los modales de los chimpancés —añadió Lotta bruscamente—. ¡Mira que escupir un trozo de piña!

—Yo no he hecho eso —protestó Jimmy indignado—. Has sido tú que me has pellizcado y...

—Niños... No os peleéis. Ya sabéis que no me gusta —dijo la señora Brown.

En aquel momento el padre de Jimmy se levantó de la mesa.

—Tengo que ir a buscar barrotes de hierro y cerraduras. Son para construir la jaula de los tigres. El señor Galliano quiere que sea muy resistente.

—¡Los tigres! —suspiró Jimmy extasiado—. Estoy deseando verlos.

Al día siguiente, cuando los niños fueron a hacer los ejercicios de ensayo con «Lucky» para la función de la noche, oyeron un extraño ruido. La perrita levantó las orejas alarmada y se escondió detrás de Jimmy con el rabo entre las patas. «Lulú» se acercó a la señora Brown. «Jumbo» movió sus grandes orejas y los cuatro monitos y «Sammy» se pusieron a escuchar con atención.

—¡Los tigres! Oigo sus rugidos —dijo Jimmy excitado—. Vamos a verlos, Lotta.

Los niños corrieron a la puerta del campamento, por donde en aquel momento entraba un enorme camión cubierto por los lados, con unos agujeros en el techo. Las ruedas se habían atascado y se hundían en el fango.

—Vamos a decírselo al señor Tonks, quizás «Jumbo» pueda ayudar —propuso Jimmy.

Tonks ya estaba desatando a «Jumbo», pero el elefante no quería acercarse al camión porque no le gustaban los tigres, aunque era capaz de hacer cualquier cosa en el mundo por el señor Tonks. Así que obedeció a su cuidador y con mucha facilidad desatascó el camión del fango.

Junto al camión había dos personas: un hombre gordo de extraña mirada y un muchachito de la edad de Jimmy.

—¡Hola! —saludó Jimmy—. ¿Cómo te llamas?

—Fric —contestó el muchacho observándole—. Y aquél es Roma, mi tío. Viajo con él y cuidamos de los tigres. ¿Y tú, qué haces?

—Yo me llamo Jimmy y actúo con una perra que se llama «Lucky».

El muchacho nuevo le miró con más interés.

—He oído hablar de ella. Sé que puede andar sobre la cuerda floja, leer y contar. Supongo que todo debe tratarse de trucos.

—No hay trucos de ninguna clase, «Lucky» es «muy» inteligente. ¿Qué saben hacer vuestros tigres? ¿Podré hacerme amigo de ellos?

—No digas tonterías —dijo el chico con desdén—. Nadie puede ser amigo de los tigres. No te acerques a ellos; te lo advierto. Oye, me gustaría ver a tu perra. Me gustan los perros.

Jimmy se sintió halagado. Era estupendo tener un nuevo amigo en el campamento. Podrían hacer muchas cosas los tres juntos. Lotta contemplaba al recién llegado, pero Fric hacía como si no la hubiera visto.

—Ahora tengo que ir a ayudar a dar de comer a los tigres. Te veré luego. ¡Adiós!

—No me gusta —dijo Lotta haciendo una mueca de disgusto.

—Si aún no le conoces... Ha dicho que le gustan los perros. Será divertido tener a alguien más con quien jugar.

—«Yo» no le necesito —afirmó Lotta sombríamente—. No me gusta.

Lotta dio media vuelta y se marchó. Jimmy se acercó al camión que llevaba los tigres e intentó ver lo que había dentro.

Unos hombres abrieron uno de los lados de madera del camión y Jimmy pudo, por fin, ver a los tigres. Eran unos soberbios animales que parecían enormes gatos con grandes bigotes blancos y resplandecientes ojos. Estaban pacíficamente echados uno junto al otro. Miraron a Jimmy fijamente.

—Sois muy bellos. Me gustaría tocaros —les dijo.

—No se te ocurra hacer eso —dijo una voz cerca del chico—. Con un chimpancé o un elefante todo va bien. Y hasta puedes hacerte amigo de un oso, pero los tigres odian la vida de circo y no quieren amigos.

El que así había hablado era el señor Wally, que también había ido a ver a los tigres. Los dos los contemplaron a través de los barrotes. Uno de ellos se levantó y se paseó de un lado a otro de la jaula.

—Realmente parece un gato —insistió Jimmy—. Me gustaría acariciarlo.

—¿No te dan miedo? —preguntó Wally atónito.

—No me da miedo ningún animal. No quiero decir que sea valiente, pero me parece que los comprendo y sé lo que piensan, y yo quiero que sean amigos míos.

—Pues será mejor que no intentes hacerte amigo de estas fieras —repuso el señor Wally, y se alejó de allí pensando que Jimmy era el muchacho más extraño que había visto en su vida.

La verdad era que todos los animales del circo querían al chico. El señor Wally decía que Jimmy tenía un don especial para ganarse amigos.

El chico permaneció mucho rato mirando a los nuevos huéspedes. Ellos también le miraban a él. Uno de ellos comenzó a ronronear suavemente.

—Seremos amigos —susurró el niño—. Os daré la comida y cepillaré vuestra hermosa piel. Ya veréis.

EN EL CIRCO HAY MAL HUMOR

Los seis nuevos tigres se instalaron en el circo del señor Galliano. Sólo rugían cuando tenían hambre y eso no ocurría muy a menudo.

—¿Cómo haces para domar a los tigres? —le preguntó Jimmy a Fric una mañana que éste les daba de comer.

—Los tenemos desde que eran unos cachorros. Parecían gatitos juguetones. Cuando son jóvenes no es muy difícil domesticarlos y lo que aprenden no lo olvidan jamás. A mí y a Roma nos temen, y si les grito se asustan.

—¿Te tienen miedo? No creo que eso esté bien, Fric. El señor Galliano dice que los mejores domadores del mundo son los que tratan con cariño a los animales.

—¡Bah! —exclamó Fric despectivamente—, él no sabe una palabra sobre tigres. Uno no puede ser amable con un tigre por mucho tiempo.

Jimmy no respondió, pero estaba seguro de que Fric estaba equivocado. El muchacho miraba los relucientes ojos de color verde de los tigres. Uno de ellos observaba atentamente a Jimmy e inició un suave gruñido.

—¡Oye esto! —dijo Fric asombrado—. ¡Es «Queenle»! Nunca lo hace. Eso quiere decir que le gustas. ¡Qué extraño!

Fric entró en la jaula para darles de comer. El chico no les tenía miedo. Había vivido toda la vida junto a Roma, su tío, y sabía todo lo que hay que saber sobre los tigres.

Los animales se abalanzaron rugiendo sobre los enormes pedazos de carne y no hicieron ningún caso de Fric.

—Ya verás cómo domino a los tigres —dijo Fric.

Antes de que Jimmy pudiera impedirlo, Fric empezó a chillar a «Queenie» mientras golpeaba la palma de su mano con el puño cerrado.

«Queenie» agachó las orejas y meneó la cola lentamente.

—No hagas eso, Fric —le dijo Jimmy—. ¿Por qué riñes a «Queenie»? No ha hecho nada malo. No creo que sea ésta la manera de tratar a los animales.

Fric le miró con el rabillo del ojo mientras arrojaba el último trozo de carne.

—Tú puedes saber muchas cosas sobre elefantes y chimpancés —dijo irritado—, pero no sabes ni una palabra sobre animales feroces.

Jimmy no quería pelear con Fric porque abrigaba la esperanza de poder entrar algún día con él a la jaula de los tigres. La perrita «Lucky» les tenía mucho miedo y no quería acercarse a ellos, lo cual tranquilizaba a Jimmy porque «Lucky» hubiera resultado un excelente bocado para las fieras.

Fric era el encargado de darles de comer y Roma limpiaba la gran jaula que todas las noches colocaban dentro de la carpa, y el padre de Jimmy había construido un túnel de barrotes de hierro que era por donde pasaban los tigres para salir a la pista.

En ella había seis taburetes. Dos de tamaño pequeño, dos un poco más altos y otros dos más altos aún. Cada tigre sabía dónde tenía que colocarse y saltaba sobre el taburete que le correspondía; así, cuando todos estaban en fila, parecía que estuvieran sentados en una escalera.

Entonces era cuando Roma y Fric entraban en la jaula.

Ambos vestían trajes de terciopelo rojo y capa corta y llevaban en la mano un látigo que hacían restallar fuertemente.

—¿Crees que son buenos domadores? —murmuró Lotta al oído de Jimmy—. «Queenie» va a saltar a través de un aro de papel.

—Ahí está «Basuka». ¡Va a pasar por «dos» aros! —exclamó Jimmy, y así lo hizo. Todo el mundo aplaudió con entusiasmo. «Basuka» no volvió a su taburete. Se quedó de pie contemplando al público, Roma hizo restallar el látigo.

—¡Sube, «Basuka», sube! —gritaba, pero «Basuka» seguía mirando a la gente. Entonces Roma cogió una barra de hierro puntiaguda y pinchó con ella al tigre. El animal rugió y dio un zarpazo en el aire, pero al fin obedeció y subió a su taburete.

—Roma no tendría que haber hecho eso —señaló Jimmy—. Apuesto a que yo le hubiese hecho obedecer sin necesidad de hacerle daño. Eso no está bien.

En aquel momento Fric tomó su látigo y lo hizo restallar tres veces. Un tigre tras otro bajaron de los taburetes y rodearon al chiquillo.

—¡Vamos, dad vueltas! —les gritó, y los tigres comenzaron a girar, hasta que de nuevo se oyó el chasquido del látigo y entonces se detuvieron y empezaron a dar vueltas en sentido contrario. Todo el mundo aplaudía.

—¡Arriba! —ordenó Fric, y todos volvieron a subir a los taburetes. El látigo volvió a sonar en el aire y los dos tigres situados en los taburetes más altos se levantaron sobre sus patas traseras y juntaron sus garras uno contra otro formando un puente. Los restantes tigres pasaron por debajo. ¡Era algo extraordinario!

—Fric es inteligente, Lotta —opinó Jimmy—. Y no tiene ni pizca de miedo.

—Fric no me gusta —se obstinó la muchacha—. Es cruel con los tigres. He dicho que no me gusta.

—Por favor, Lotta, no seas tonta. Podemos pasarlo muy bien los tres. Ven con nosotros mañana por la mañana.

—Bueno. Pero que conste que Fric no me gusta.

A la mañana siguiente Jimmy fue en busca de Fric para ir los tres juntos a dar un paseo. Éste bajó corriendo los escalones de su carreta, pero cuando vio a la niña puso mala cara.

—Supongo que ella no vendrá con nosotros.

—Claro que sí —repuso Jimmy sorprendido—. ¿Por qué no ha de venir?

—Entonces no voy a ir yo. Todas las niñas son tontas. Siempre chillan y no dicen más que estupideces.

—Lotta no dice estupideces. Es una chica estupenda —replicó Jimmy—. Sabe montar muy bien a caballo y sabe más sobre perros que tú sobre tigres.

No fue muy oportuno decirle esto a Fric. Frunció el entrecejo, dio media vuelta y se marchó sin contestar.

—¡Fric! —llamó Jimmy—. No seas bobo. Ven con nosotros, tengo algo de dinero y compraremos helados.

A Fric le gustaban mucho los helados, pero no la compañía de Lotta.

—¡Fric! —insistió el chico—. Vamos a buscarle, Lotta.

La chiquilla se volvió de espaldas con rabia.

—¡No quiero ir! Si crees que voy a ir a alguna parte con ese horrible muchacho estás muy equivocado.

—Por favor, Lotta, te lo ruego, no seas tonta. Sabes que quiero ser amigo de Fric. Quiero entrar en la jaula de los tigres. Si no soy amigo suyo, no me dejará hacerlo.

—¡Tú!... y tus tigres —exclamó Lotta llorando de rabia—. A ti también te odio.

La muchacha corrió hacia la carreta en donde vivía Oona, el acróbata, y se sentó tristemente en el suelo viendo como éste ensayaba su número.

Jimmy estaba desconcertado. ¿Por qué Lotta se conducía de esta forma tan rara? Nunca lo hubiera imaginado. Por fin se decidió a ir a buscar a Fric y los dos estuvieron hablando y comiendo helados, olvidándose de la pobre Lotta.

Cuando terminaron de comerse los helados, Fric se cansó de la compañía de Jimmy y se marchó a su carreta dejando a su amigo solo y triste.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! —saludó «Pegajoso» Stanley, el payaso, haciendo la rueda delante de Jimmy—. Pareces una gallina mojada. Ven a ayudar a Tonky a lavar a «Jumbo» con aceite. Tiene algunas grietas en la piel y hay que embadurnale de pies a cabeza.

—Estupendo —dijo el chico animándose—. Ahora mismo voy.

JIMMY Y LOS TIGRES

Lotta se mantuvo enfurruñada durante mucho tiempo. No quería amistad con Fric y éste seguía mostrándose antipático con ella. A Jimmy no le gustaba este estado de cosas, pero no quería reñir con Fric porque si lo hacía perdería la esperanza de entrar en la jaula de los tigres.

—Sé más amable con Lotta, Fric, te lo ruego —le pedía con fervor, pero Fric se reía y seguía diciéndole cosas desagradables a la niña.

Jimmy le compró a Fric docenas de helados, grandes cantidades de barras de chocolate, kilos de dulces y hasta un lindo avión de juguete que Fric deseaba tener. Fric prometía dejarle entrar en la jaula, pero nunca cumplía su palabra.

—Es mejor que no entres hoy, Jimmy —solía decirle—. Si mi tío lo sabe me pegará, y, si se enterara el señor Galliano, seguro que se enfadaría mucho.

—Si se descubre diré que la culpa es mía —decía Jimmy—. No volveré a comprarte ni un solo helado mientras no cumplas tu palabra.

Fric se alarmó. No deseaba que se le terminara el abastecimiento de golosinas y, por otra parte, temía dejar entrar a Jimmy en la jaula. Sabía que no se permitía la entrada a ningún extraño porque los tigres eran peligrosos y no se fiaban de quien no conocían. También tenía miedo de su tío y de Galliano. ¿Qué pasaría si se enteraran?

—Espera a que los tigres te conozcan mejor.

—Eso mismo dijiste la semana pasada —protestó Jimmy—. Ahora ya me conocen. «Queenie» frotó su cabeza contra mi mano cuando la pasé a través de los barrotes.

—No te creo, porque eso no lo ha hecho «Queenie» nunca ni conmigo ni tampoco con Roma. Es el tigre que tiene peor carácter de los seis.

—Muy bien, pues ven a verlo ahora mismo.

Los niños fueron hacia la jaula dividida en tres compartimentos, en cada uno de los cuales vivían dos tigres. «Queenie» se levantó lenta y majestuosamente y se dirigió hacia los barrotes; entonces Jimmy metió la mano por entre ellos y el animal acercó la cabeza y gruñó suavemente. Jimmy le rascó la frente. Fric lo contemplaba con los ojos abiertos como platos.

—¡Dios mío! ¡Jamás había visto una cosa semejante! Nunca pude imaginar que «Queenie» hiciera esto. Una vez casi arrancó la mano de un hombre que se había acercado demasiado.

—¿Me dejarás «ahora» entrar?

—Te dejaré entrar esta noche cuando todos duerman —le prometió Fric—. Ven a nuestro carromato. Dejaré las llaves sobre una mesa que hay cerca de la ventana.

—Pero... ¿no vas a venir conmigo? —preguntó Jimmy sorprendido.

—Desde luego que no. No quiero meterme en líos por tu culpa.

Jimmy fue a comer. Estaba emocionado. ¡Aquella noche! ¡Y solo! ¡Qué estupenda aventura! Apenas podía tragar bocado de tan excitado que estaba.

—¿Qué te pasa, Jimmy? —le preguntó su madre—. Míralo, Lotta, está como si le hubiese tocado la lotería.

Pero Lotta no quiso mirarle. Aquellos días apenas hablaba con Jimmy. ¡Pobre Lotta! Creía que su amiguito quería más a Fric que a ella. También estaba preocupada porque quería actuar en la pista y no se lo permitían. ¡Todo le salía mal!

Jimmy no se dio cuenta de lo triste que estaba la niña. Se sentía demasiado feliz pensando en lo que iba a hacer aquella noche. Deseaba decírselo a Lotta. Le hubiera gustado que supiera lo valiente que era. Por fin se decidió a contárselo.

—Tengo que decirte un secreto.

—¿Tiene algo que ver con Fric?

—Sí... en parte. Escucha, Lotta, él...

—No quiero saber nada de Fric —dijo Lotta fríamente—. No me gusta, y empiezas a no gustarme tú.

El chico se quedó atónito. ¿Qué le pasaba a Lotta? Pero no podía entretenerse en averiguarlo. Tenía una idea fija: ¡los tigres!

Llegó la noche. Jimmy esperó a que todos durmieran para salir sigilosamente por la ventana. Había atado a «Lucky» para que no le siguiera. «Lulú» abrió un ojo, le miró, y después siguió durmiendo.

Jimmy se acercó al carromato de Roma. La ventana estaba abierta. Se oían los ronquidos del tío de Fric. Colocó el pie sobre una rueda del carromato y metió la mano por la ventana. ¡Allí estaban las llaves! Esta vez Fric había cumplido su palabra.

El corazón del muchacho latió más de prisa. Tomó las llaves con mucho cuidado, saltó al suelo y salió corriendo hacia la jaula de los tigres.

Metió la llave en la cerradura, le dio la vuelta y abrió la puerta. Luego había una segunda puerta que también abrió y, de pronto, se encontró dentro. Los tigres se movieron. Dos pares de ojos verdes brillaban en la oscuridad. «Queenie» levantó la cabeza y husmeó el aire. Sí, era el muchacho que iba siempre a verle y le hablaba con voz amable. Aquel chico no llevaba látigo ni barras de hierro.

Jimmy no se movió. El corazón le golpeaba fuerte dentro del pecho. No temía a ningún animal, pero ahora era diferente. «Queenie» comenzó a rugir. Se levantó y se dirigió hacia el niño. Jimmy le habló con dulzura.

—Amigo «Queenie», mi buen amigo, eres un bello animal. Tienes unos ojos nobles y te mueves con elegancia. Yo te quiero. Me gusta tu cabeza, tus ojos brillantes, tu piel sedosa...

«Queenie» rugió aún más fuerte. El otro tigre los miró fijamente. Conocía a Jimmy, pero quería asegurarse de que era un amigo de verdad.

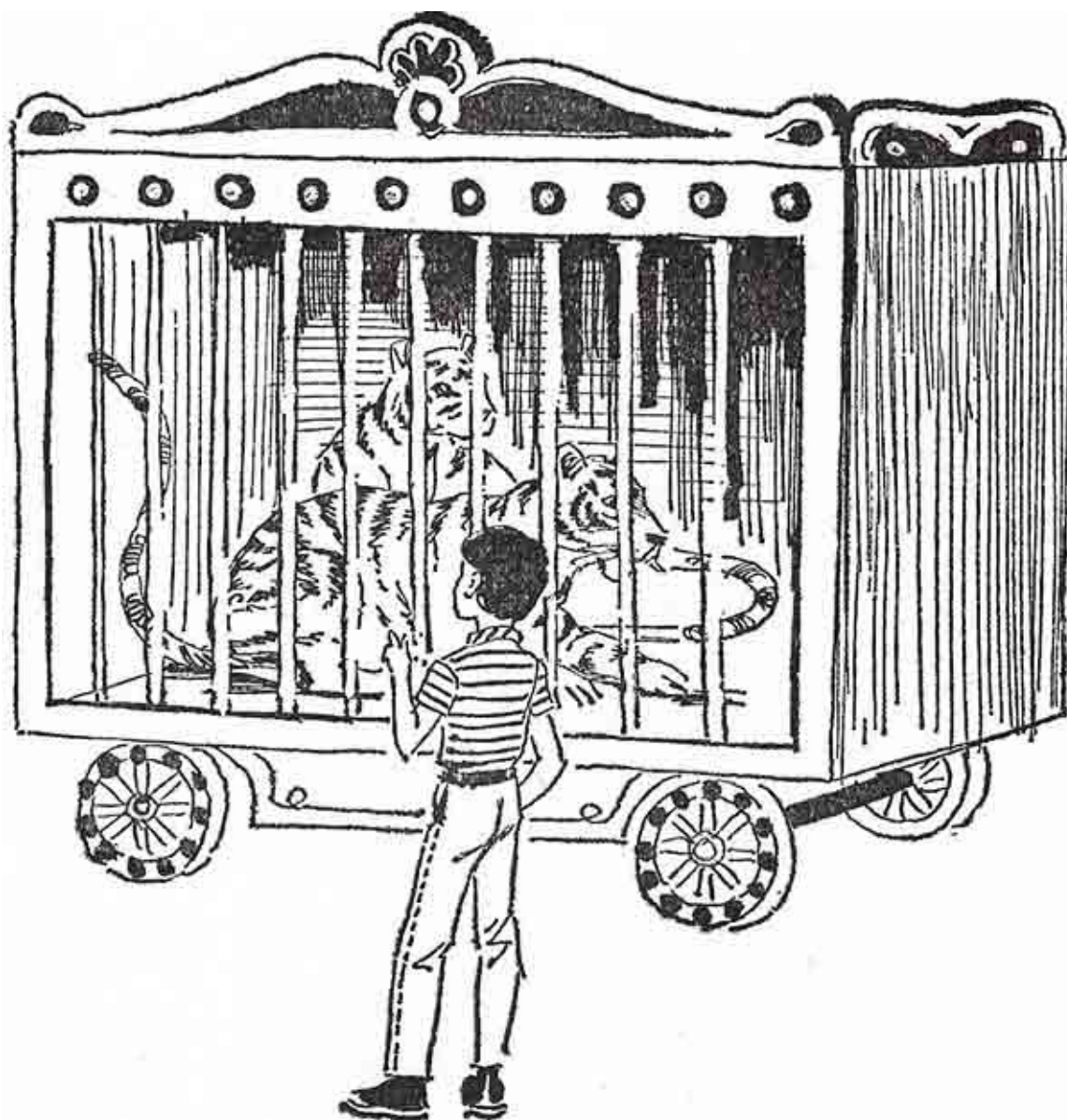
—¡«Ruby»!... ¡«Ruby»!... ¿Quieres que te rasque la cabeza?

«Ruby» no se fiaba y no quería acercarse al chico, y daba vueltas a su alrededor observándole, tocándole casi con su gran cabeza.

Al cabo de un rato Jimmy salió cautelosamente de la jaula de «Ruby» y «Queenie». Por hoy había bastante. Los tigres olfatearon intrigados el rastro del extraño visitante.

«Mañana por la noche volveré —pensó—. Pronto serán todos amigos míos. ¿Cómo “puede” ser Fric tan cruel con ellos?».

Se dirigió a su carreta y no se dio cuenta de que Lotta estaba despierta esperándole. Jimmy se metió en la cama y casi al instante se quedó profundamente dormido.



CAPÍTULO VII

LOTTA DESCUBRE EL SECRETO DE JIMMY

Jimmy soñó con tigres toda la noche. Cuando se despertó quiso contárselo todo a Lotta, pero ésta se mostró intratable.

En realidad deseaba saber dónde había ido Jimmy la noche anterior. Resolvió esperar y seguirle, si esta noche también iba.

En cuanto vio a Jimmy, Fric fue corriendo hacia él. Estaba con «Lucky», la perrita cogía unas letras de un montón y las colocaba una detrás de otra hasta formar la palabra: «G A L L I A N O».

—¡Caramba! —dijo Fric boquiabierto—. Este perro es una maravilla. ¿Cómo le enseñaste a conocer las letras?

—Yo le he enseñado todo lo que sabe —dijo Jimmy con orgullo—. Es un perro muy inteligente.

—¿De verdad entraste anoche en la jaula de los tigres? ¿O tuviste miedo?

—¿Miedo? ¡Claro que no! Fui a ver a «Queenie» y a «Ruby».

—No lo entiendo. A Roma y a mí nos conocen y nos temen, pero tú eres un extraño para ellos.

—Esta noche entraré en «todas» las jaulas. Deja otra vez las llaves en la ventana.

—Bueno, pero tendrás que comprarme un helado ahora.

Jimmy dijo que se lo compraría después de que acabase de cepillar a «Lucky». Fric fue a cambiar el agua de beber de los tigres. Roma limpiaba las jaulas mientras las fieras estaban tranquilamente tumbadas observándole.

Aquella noche Jimmy volvió a buscar las llaves a la carreta de Fric. Pero alguien le había seguido. Era Lotta, que se había deslizado como una sombra tras el chico para averiguar adónde iba.

Se asustó mucho cuando vio a Jimmy dirigirse hacia la jaula de los tigres y se asustó más aún cuando vio que abría la puerta y entraba.

«Le matarán —pensó aterrada—. Son animales salvajes y lo devorarán. ¡Oh, Dios mío!».

No se atrevió a gritar porque temió asustar a los tigres, pero permaneció fuera intentando ver lo que hacía Jimmy.

Por la débil luz de la luna que se filtraba a través de los agujeros de ventilación del techo, Lotta podía ver a Jimmy. Y lo que vio hizo que se le erizara el cabello.

El chico estaba... ¡haciendo cosquillas a «Queenie», que permanecía echado patas arriba como si fuera un gatito! «Ruby» estaba al lado de Jimmy esperando pacientemente su turno. Lotta no había visto nunca a los tigres comportarse de

aquella forma. Generalmente eran ariscos. Pero ahora veía a «Queenie» y «Ruby» jugando mansamente.

Los tigres se dieron cuenta de que alguien más estaba allí, pero la reconocieron por el olfato y siguieron retozando con su amigo Jimmy. Al cabo de un rato, Jimmy pasó a la siguiente jaula y Lotta ya no pudo seguir viéndole.

«No debería hacer eso. Es muy peligroso —pensaba—. ¿Qué puedo hacer para impedirselo?».

Permaneció allí de pie esperando que Jimmy saliese.

«Si llamo a la señora Brown, él no me lo perdonaría nunca. ¿Qué haré? Iré a ver a Fric. Eso es. Le diré que si vuelve a darle las llaves se lo diré al señor Galliano».

Jimmy estaba haciendo progresos con los demás tigres. Éstos frotaban su cabeza contra las piernas del niño. Por fin, Jimmy se atrevió a abrazar a «Basuka», ¡el mayor de todos!

Jimmy pasó más de una hora en la jaula de los tigres y salió de ella contento y excitado. Eran más amigos suyos que de Roma o de Fric. Decidió marcharse y abrió la puerta, pero «Basuka» se había encariñado con él y no le dejaba partir. Quería que se quedase a jugar con él.

Lotta, no pudiendo soportar más su inquietud, volvió a su carreta, y ya estaba en su cama intentando dormirse, cuando Jimmy regresó. La niña permaneció despierta durante mucho rato pensando en el peligro que había corrido Jimmy.

Al día siguiente, mientras Jimmy estaba ayudando a Tonks a bañar a «Jumbo», el elefante, Lotta salió a buscar a Fric. El chico puso mala cara.

—Necesita hablar contigo, Fric.

—Pero yo no quiero —respondió el niño volviéndose de espaldas.

—Escucha —insistió Lotta, desesperada—. Si permites que Jimmy vuelva a entrar en la jaula de los tigres se lo diré al señor Galliano.

Fric dio la vuelta y en dos zancadas se plantó frente a ella mirándola fijamente.

—¿Qué has dicho? —preguntó amenazador.

—No quiero que tus tigres hagan daño a Jimmy sólo porque tú eres un niño goloso y quieres que te compren helados.

Fric agarró a Lotta por los hombros y le dio una sonora bofetada. Stanley, el payaso, los vio y corrió hacia ellos.

—¿Por qué has hecho eso? —inquirió severamente dirigiéndose a Fric—. Y tú, vuelve a tu carromato —le dijo a Lotta, que estaba llorando amargamente.

Lotta echó a correr y se escondió para que nadie la viese llorar. Pero no pasó mucho tiempo antes de que Jimmy regresase con nuevas noticias. Él no sabía nada de lo ocurrido entre sus amigos.

—¡Liliput está enfermo! Ha comido algo que le ha hecho daño y tiene muchos dolores. Voy a buscar a un médico. Vigila entre tanto a «Jemima».

Jimmy salió corriendo en busca del doctor y Lotta fue a ver a Liliput. Éste se hallaba en cama con la cara muy pálida. «Jemima» estaba sentada sobre su almohada

mirándole tristemente. No comprendía lo que le pasaba a su amo.

—¿Cómo estás, Liliput? Jimmy me ha dicho que no te encontrabas bien. ¿Lo sabe ya el señor Galliano?

En aquel momento sonaron unas fuertes pisadas en los escalones del carronato y el señor Galliano se asomó.

—No estás bien, ¿verdad, Liliput? No te preocupes, pronto mejorarás. ¡Sí!

Liliput asintió con la cabeza.

—Quisiera que Lotta cuidara de «Jemima» mientras estoy enfermo.

—Lotta lo hará. ¡Sí! —repuso el señor Galliano—. ¿No es verdad, pequeña?

La chiquilla abrazó a la monita.

—Con mucho gusto. Me agrada cuidar de ella. Diré a la señora Brown que venga a verle.

Lotta corrió a comunicárselo a la madre de Jimmy. Llevaba a «Jemima» sobre los hombros y la monita se agarraba a los cabellos de la niña, y a través de los rizos se veían sus delgados deditos. Así que la señora Brown supo que Liliput estaba enfermo corrió a su carreta para ver qué podía hacer por él.

El señor Galliano arregló las cosas de manera que Wally saliera aquella noche a la pista a actuar con las monitas de Liliput.

Lotta cuidaba muy bien de «Jemima», hasta quizás mejor que el propio Liliput; sólo se separaba de ella, por la noche para poder actuar.

Un día, Fric vio a Lotta que llevaba a «Jemima» y resolvió mortificar a la niña.

«Le quitaré a “Jemima” y la esconderé. Esto le enseñará a no meterse conmigo» —pensó.

Aquel mismo día no pudo cogerla, pero no cejó en su empeño y vigiló estrechamente a la niña.

—Esta noche no voy a necesitar las llaves —le susurró al oído Jimmy—. Estoy muy cansado. Lo dejaremos para mañana.

Fric asintió con la cabeza y se alegró de ello: así tendría tiempo de hacer lo que se había propuesto antes de que Lotta lo descubriera todo al señor Galliano.

Al día siguiente tuvo más suerte y pudo coger a «Jemima». Aunque después tendría que arrepentirse de esta mala acción. ¡Ojalá no se le hubiera ocurrido!





CAPÍTULO VIII

¡POBRE «JEMIMA»!

Aunque Liliput ya estaba mejor, aún no podría salir a la pista por lo menos durante cuatro o cinco días, según le había advertido el doctor. Lotta podía seguir cuidando de la monita, lo cual le alegró mucho porque «Jemima» era muy cariñosa y divertida.

Sin embargo, la señora Brown no estaba tan contenta, porque «Jemima» era la mona más traviesa del mundo. Cuando la madre de Jimmy le regañaba porque había hecho alguna diablura como, por ejemplo, tirar las copas del estante o deshacer las camas, «Jemima» cogía patatas y se las echaba por la cabeza.

Lotta se divertía mucho con estas travesuras. Entonces «Jemima» saltaba sobre su hombro y le mordisqueaba suavemente la oreja. Éste era uno de los trucos que empleaba para hacerse perdonar.

Lotta salió a buscar a Jimmy. Quería saber si pensaba volver a visitar a los tigres por la noche. Fue hacia las jaulas con «Jemima». El chico no estaba allí y ella se quedó mirando a las fieras que estaban echadas tomando el sol. Fue justamente entonces cuando Fric descubrió a Lotta y, acercándose cautelosamente por detrás, le arrebató la monita y echó a correr.

La niña se volvió asustada y empezó a chillar:

—¡Fric!... ¡Fric! ¡Devuélveme a «Jemima»!

—Ya te enseñaré yo a meterte en lo que no te importa —le gritó Fric.

En aquel momento «Jemima» le mordió la mano y Fric la soltó, La monita aprovechó la ocasión y escapó corriendo hacia la jaula de los tigres.

A los tigres no les gustaba que les importunasen. Enderezaron las orejas y «Queenie» gruñó sordamente. «Jemima» seguía corriendo perseguida por Fric.

—¡Ven acá!... ¡Vuelve!... —gritaba Lotta.

Pero la mona estaba demasiado asustada para hacerle caso.

Entonces ocurrió algo terrible. Fric casi había conseguido agarrar a «Jemima», pero ésta, muy espantada, pasó a través de los barrotes y entró en la jaula de los tigres.

—¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh!... —gemía Lotta.

Fric se detuvo horrorizado. Los tigres estaban inquietos por el ruido que armaban los niños y los chillidos de la mona.

—¡Haz algo, oh, haz algo! —sollozaba la pobre Lotta—. ¡Sálvala, Fric!

Pero él sabía que no podía hacer nada. Los animales estaban irritados y era peligroso acercarse a ellos. Sabía que «Jemima» era muy valiosa y que era la

preferida de Liliput, pero era inútil pensar en rescatarla.

La pobre «Jemima» corría fuera de sí de un lado para otro, subiéndose por los barrotes, pero no se atrevía a salir mientras Fric estuviera allí. Todos los tigres se habían levantado y se paseaban nerviosos, moviendo la cola. «Queenie» dio un rugido tan fuerte que «Jemima» se cayó del susto desde lo alto de los barrotes adonde se había subido.

La garra del enorme animal golpeó a la pobre monita que yacía en el suelo, hecha un ovillo, con los ojos cerrados, sin atreverse a hacer ningún movimiento.

Lotta estaba desesperada. Se secó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas y miró a su alrededor buscando ayuda.

—¡La van a devorar! ¿Dónde está Roma? ¡Tiene que venir en seguida antes que la pobrecita «Jemima» muera!

El señor Galliano había oído todo aquel alboroto y se acercaba para ver qué era lo que estaba ocurriendo.

En seguida se dio cuenta del peligro que corría «Jemima». Hizo restallar su látigo tres veces en el aire y sonó como si hubieran sido disparos de pistola. Era la señal para que todos acudieran. De todos los carromatos, jaulas, establos y rincones del campamento llegaron corriendo hombres y mujeres. Algo grave estaba pasando.

—¿Dónde está Roma? —bramó el señor Galliano.

—¡Aquí estoy! —repuso el domador, que venía corriendo—. ¿Qué sucede?

—La mona de Liliput: está en sus jaulas. Entre y sáquela de ahí antes de que los tigres se la coman.

Roma vio que los tigres paseaban inquietos y rugían amenazadores.

—¡Entre! —le ordenó Galliano.

—No entres, tío —exclamó Fric—. Tú sabes que se lanzarán sobre ti.

—Lo siento, señor, no puedo entrar —dijo Roma—. Si se tratara de otro tigre... pero «Queenie»... no se puede uno fiar de él.

Entonces vieron a Liliput que venía tambaleándose. Había oído los latigazos y venía a ver qué pasaba. Cuando vio a su querida «Jemima» dentro de la jaula de los tigres profirió un terrible grito de espanto.

—¡«Jemima»!... ¡Mi pequeña «Jemima»!... ¡Sacadla de ahí! ¿A qué estáis esperando?

—Nadie puede entrar ahora —dijo Roma.

Liliput contempló a su amada monita y las lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas. Anudó los cordones de su bata firmemente y, volviéndose a Roma, le dijo:

—Déme las llaves. «Yo» entraré. Me importan un bledo sus tigres.

Roma se negó a dárselas. Liliput se lanzó sobre él y le arrebató las llaves que llevaba colgadas del cinturón. Pero Galliano fue más rápido que él y le sujetó los brazos.

Liliput luchó con el director del circo, pero era menudo y estaba débil, en cambio Galliano era grande y fuerte.

—No puedes entrar, Liliput. No podemos permitirlo. Vuelve a tu carreta y veremos lo que se puede hacer.

Jimmy y «Lucky» llegaban en aquel momento de dar un paseo y le sorprendió ver tanta gente reunida alrededor de la jaula de los tigres.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jimmy, pero en seguida se dio cuenta de que «Jemima» se hallaba en grave peligro.

—¡Ah, Jimmy! ¡Qué terrible! ¿Qué vamos a hacer? —exclamó Lotta llorando amargamente.

—Ahora vas a verlo. Roma, ¿dónde tiene las llaves?

—No, Jimmy —dijo el señor Galliano—. Eres muy amigo de los perros y de los monos, pero de los tigres... No, no entrarás.

—Por favor, señor. ¿No fui yo quien rescató a «Jumbo» cuando se perdió durante la tormenta? ¿No fui yo quien encontró a «Sammy» cuando se perdió y lo traje aquí? Entonces permítame que salve a «Jemima». No tengo miedo de los tigres. Son mis amigos.

—Jimmy ha entrado otras veces en la jaula —dijo de pronto Lotta.

Roma les miró con asombro. Galliano frunció el entrecejo y apretó los labios.

—¡No puedo permitirlo! —repitió.

Pero Jimmy ya se había acercado a los barrotes y le estaba hablando a «Queenie».

—¿Qué te pasa, «Queenie»? Ven aquí. Acércate.

Cuando el tigre oyó la suave voz que tanto amaba levantó la cabeza y la colocó junto a los barrotes. Jimmy metió la mano y empezó a acariciarle la cabeza. La fiera cerró los ojos y comenzó a ronronear.

—Puedes entrar, Jimmy —accedió por fin el señor Galliano—. Pero espera que Oona y Stanley preparen las mangueras para dar el agua al menor signo de peligro.

Si cuando los tigres o los leones están irritados se les rocía con una manguera se apaciguan. Esto lo sabía Galliano y lo preparó todo para cuando el niño entrase.

—Lotta, ve a buscar una red con un mango largo —pidió Jimmy cogiendo las llaves de las manos de Liliput, que temblaba.

—Llevaré a los tigres a la otra parte de la jaula, entonces podrás coger a «Jemima» con la red y pasarla a través de los barrotes.

—¡«Queenie»! ¡«Queenie»! —murmuró Jimmy dulcemente—. ¡«Ruby»! Vais a ser buenos, ¿verdad? Ven aquí. «Ruby», ven. Soy tu amigo, tu amigo Jimmy.

Jimmy hablaba en voz baja, suave, como les gusta a los animales que les hablen.

Todos estaban quietos, callados, impresionados.

¿Podría Jimmy salvar a la pobre «Jemima»?



EL SEÑOR GALLIANO SE ENFADA

Jimmy seguía hablando sin cesar a los tigres, que le miraban fijamente.

—¿Quieres que te rasque la cabeza, «Queenie»? Ven conmigo, «Ruby».

«Basuka» había oído la voz de Jimmy y también comenzaba a tranquilizarse poco a poco. Parecía que había algo mágico en la voz del niño. Todo el mundo escuchaba atentamente y sentía la necesidad de ir hacia Jimmy. ¡Era muy extraño!

De pronto, «Queenie», el más feroz de todos, apoyó la cabeza sobre las rodillas de Jimmy, que se había agachado y estaba acariciándole. «Ruby» volvió la espalda a la gente que estaba fuera mirándolos.

Éste era el momento que Lotta esperaba. Con mucho cuidado metió la red entre los barrotes y, sin hacer el menor ruido, la colocó suavemente sobre la monita.

Levantó la red con «Jemima» dentro de ella. «Ruby» se dio la vuelta en el mismo instante que sacaban a la mona de la jaula, Lotta la cogió y Liliput la tomó en brazos como si fuera un bebé.

«Buby» empezó a impacientarse y a rugir salvajemente. Galliano llamó a Jimmy.

—Sal, chico. Sal en seguida de ahí.

Pero el niño no le hizo caso. Se fue hacia el tigre y le miró profundamente a los ojos. Puso los brazos alrededor de su cuello y la bestia se echó al suelo con las patas arriba como si fuera un manso gatito.

«Este chico haría cualquier cosa con mis tigres —pensó Roma—. Me gusta. Es mejor que Fric».

—Te ordeno que salgas, Jimmy —dijo Galliano.

El chico hizo una nueva caricia a «Queenie» y salió de la jaula.

Todo el mundo le felicitó por su valor y le abrazó. Pero había alguien que estaba llorando. Era la señora Brown, la madre de Jimmy. No había dicho una sola palabra, pero ahora no pudo contener las lágrimas.

—Vamos, vamos, señora Brown —dijo Oona dándole palmaditas en la espalda—. Debería sentirse orgullosa de su hijo. No llore más.

—Cuando ocurren estas cosas —dijo sollozando la señora— deseo marcharme del circo. No estoy acostumbrada a esta manera de vivir.

—Pero, mamá, si estoy bien. No me ha pasado nada. ¿Dónde está «Jemima»?

Liliput se la había llevado a su carreta y le estaba dando media cucharadita de coñac para reanimarla. La monita abrió los ojos y se agarró al cuello de Liliput con manos temblorosas.

Liliput se había olvidado de que estaba enfermo: sólo pensaba en su querida monita.

—¿No le han hecho daño, verdad? —preguntó Galliano asomándose al carromato—. Déle leche caliente. Pronto se olvidará del susto. ¿Cómo fue a parar a la jaula de los tigres? ¿Puedo saberlo?

—Pregúnteselo a Lotta. Me dijo algo sobre aquel muchacho que se llama Fric.

Galliano envió a Stanley a buscar a Lotta, Fric y Jimmy; éstos acudieron bastante asustados porque sabían que no sería para nada bueno.

La señora Galliano estaba en la puerta de su carromato zurciendo unos calcetines de su marido, que se encontraba dentro sentado a la mesa tamborileando nerviosamente con los dedos. Los tres niños subieron los escalones y se quedaron de pie frente a él, esperando la temida bronca.

—¿Queréis explicarme qué ha pasado? ¡Sí! Tú primero, Fric. Y la verdad, por favor.

—Vi que Lotta llevaba a «Jemima» sobre sus hombros y pensé darle un susto, porque... porque... no soy amigo de Lotta. Agarré la mona para esconderla y me mordió. La solté y fue entonces cuando entró en la jaula de los tigres.

—Porque a ti no te gusta una niña, la quieres asustar y metes en apuros a una mona que no te ha hecho ningún daño. Pones en peligro la vida de uno de tus compañeros y armas un gran alboroto... ¡Sí!... y tú, Lotta, ¿qué tienes que decirme?

—No es amigo mío porque yo sé que todas las noches le daba a Jimmy las llaves de las jaulas de los tigres, y le dije a Fric que no lo hiciera porque era peligroso para Jimmy. Le amenacé con decírselo a usted...

—¡Eh! —exclamó Galliano con las cejas tan levantadas que casi desaparecían entre sus cabellos—. ¿Qué tienes que decir a eso, Jimmy?

—Es verdad. Yo pedí a Fric las llaves. Sabía que ni Roma ni usted me lo iban a permitir. Por la noche entraba en la jaula y me hice amigo de los tigres.

—Esto no está permitido en ningún circo del mundo. ¡No señor! —bramó el señor Galliano—. Podías haberlos dejado escapar, o hubieran podido matarte. Tienes que prometerme que no volverás a entrar en la jaula de esos animales, a menos que tengas mi permiso. ¿Está claro?

—Sí, señor —dijo Jimmy como en un suspiro.

—Pero... has salvado a «Jemima». Así que no se hable más del asunto.

—En cuanto a ti —prosiguió Galliano dirigiéndose a Fric—, necesitas un buen escarmiento. Se lo diré a Roma. Entonces quizás lo pensarás dos veces antes de volver a poner a personas y a animales en peligro.

Los tres chiquillos salieron silenciosamente de la carreta del director del circo. Fric se sentía avergonzado. Jimmy tomó la mano de Lotta.

—No te preocupes. Quise contártelo todo, pero tú no me escuchabas.

—No seremos amigos de aquel horrible muchacho —dijo Lotta apretándole la mano—. Vamos a ver cómo siguen Liliput y «Jemima».

El hombrecito parecía estar mejor y «Jemima» estaba sentada sobre su cama bebiéndose una taza de leche. Se había dado un fuerte golpe en la espalda al caer, pero no era nada grave. Liliput le había puesto una cinta azul alrededor del cuello y se sentía muy orgullosa.

—Nunca podré agradecerte lo que has hecho por «Jemima» —dijo Liliput—. Eres un buen muchacho. Puedes contar conmigo siempre que necesites ayuda.

—Gracias, Liliput, espero no tener que necesitar ayuda nunca.

Pero en esto Jimmy estaba equivocado, como vais a ver a continuación.

ADIÓS A LOS TIGRES

El espectáculo en Liverpool tocaba a su fin y una vez más tendrían que desmontar el circo para trasladarse a otro sitio.

Los tigres rugían porque se sentían inquietos con tanto trajín. Roma entró con Jimmy en las jaulas para tranquilizarlos.

—¿Te gustaría trabajar con los tigres? —preguntó Roma a Jimmy—. Si le ocurriese algo a tu perro, puedes venirte conmigo y ya te encontraré trabajo.

—No, señor Roma, gracias —repuso Jimmy—. En primer lugar, nada le ocurrirá a «Lucky», y tampoco me gustaría tratar siempre con tigres. No es la clase de animales a los que les guste trabajar y aprender.

—Hablas como un tonto —replicó Roma ofendido—. Es muy importante ser domador de tigres.

—Bueno, pero no es la clase de cosas que me gusta hacer. Me gusta trabajar en el circo con «Lucky». Me siento mejor con ella que con los tigres.

—Ciertamente es una perra maravillosa; puedes venderla por mucho dinero y comprar más perros.

—¡Venderla! —exclamó Jimmy horrorizado—. No la vendería por nada del mundo.

Fric estaba escuchando. No quería hablar con Jimmy porque le consideraba responsable, junto con Lotta, del castigo que le había infligido Roma, su tío. Era un chico rencoroso y deseaba vengarse, pero aún no se le había ocurrido cómo hacerlo.

El circo se dirigió hacia otro lugar. Un pueblo que se llamaba Greenville. Era mucho más bonito que las afueras de Liverpool. Ya estaban en verano y ahora acampar era mucho más agradable. Era estupendo levantarse muy temprano y oír el canto de los pájaros y de los gallos de la granja cercana y el zumbido de las abejas.

Sobre los setos había gran cantidad de flores blancas.

—Vamos a bañarnos al arroyo —propuso Lotta entusiasmada.

La chiquilla siempre iba descalza. A Jimmy también le hubiera gustado ir así, pero su madre no se lo permitía.

—No quiero que andes descalzo —decía con firmeza—, y tú, Lotta, sería mejor que no te olvidaras de cepillarte el pelo.

En el campamento todos iban más o menos vestidos de forma extravagante. Todos menos el señor Galliano, que iba siempre muy elegante y, si las cosas iban bien, llevaba el sombrero de copa ladeado. Cuanto mejor iban las cosas, más torcido lo llevaba.

Aquella noche comenzaron las representaciones en Greenville. Fue mucha gente a verlos y se rieron mucho con las divertidas travesuras de Stanley «Pegajoso», aplaudieron a los caballos bailarines y admiraron a «Lucky». También les gustaron los tigres.

Pero los tigres, con Roma y Fric, pronto iban a abandonar el circo del señor Galliano, pues tenían un contrato con otra empresa. Jimmy se entristeció cuando lo supo, porque se había encariñado con «Queenie» y «Ruby», y también con «Basuka».

No obstante, sabía que el señor Galliano debería substituir a los tigres por otros animales. Corrió a preguntárselo a Lotta.

—Lotta, ¿sabes qué nuevos animales traerá el señor Galliano para reemplazar a los tigres?

—¡Vaya si lo sé! Oona, el acróbata, me lo ha dicho. Los próximos animales que traerá el señor Galliano serán... ¡osos!

—¡Osos!... ¡Qué divertido! —exclamó Jimmy entusiasmado—. ¿Y cuándo llegarán?

—Cuando nos marchemos de Greenville —repuso Oona, que estaba cabeza abajo ensayando su número.

—¡Qué bien! —dijo Lotta—. No sentiré despedirme de ese horrible Fric.

El día que los tigres se marcharon Jimmy pidió permiso a Roma para entrar en las jaulas y despedirse de ellos. Se sintió triste cuando se despidió. Había dejado a «Lucky» en su carromato porque les tenía mucho miedo y no quería acercarse a las jaulas.

—Adiós, «Queenie»... adiós, «Ruby»... adiós, «Basuka» —decía el chico acariciándolos—. Recordadme cuando estéis lejos. Quizá volveremos a vemos.

Jimmy salió de la jaula y Roma vino a cerrar el camión. Todo estaba ya listo para partir.

—¿Dónde está Fric? —preguntó Jimmy—. Quiero despedirme de él.

—Acaba de entrar en el remolque —contestó Roma—. ¡Adiós!

El camión partió y lentamente se perdió en la distancia. Fric no se había asomado para despedirse de nadie.

Jimmy se quedó contemplándolos con melancólica expresión. ¡Adiós, queridos tigres! Pero... pronto llegarían los osos. ¡Qué excitante era pertenecer a un circo!

Fue a ver a Stanley, que andaba sobre las manos. Jimmy no sabía hacerlo. De pronto se le ocurrió que podía enseñárselo a «Lucky». Corrió hacia su carromato y silbó llamándola.

—¡«Lucky»!... ¡Ven, «Lucky»!

Pero la perrita no apareció. Sólo estaba «Lulú», que levantó la cabeza y movió la cola.

—¡«Lucky»! ¿Dónde estás? —siguió llamando el niño.

Jimmy corrió hacia el arroyo donde estaban su madre y Lotta.

—¿Habéis visto a «Lucky»?

—No —repuso la señora Brown—. La hemos dejado en la carreta.

—Pues ahora ya no está allí.

—No se habrá ido muy lejos —dijo Lotta.

Jimmy la buscó por todo el campamento y a todos los que encontraba les preguntaba si habían visto a «Lucky».

Miró bajo los carros, entró en los establos, fue hasta la carretera. Pero en ninguna parte había rastro de «Lucky». Era muy extraño y muy inquietante.

—Vamos, muchacho, vamos —dijo el señor Galliano cuando vio a Jimmy saliendo de debajo de su carreta—. ¿Qué estás haciendo ahí? ¿Quieres saber cuántas ruedas tiene mi carromato?

Pero Jimmy no tenía ganas de bromear.

—Estoy buscando a «Lucky». Ha desaparecido.

—Un perro no puede desaparecer. Volverá cuando sea la hora de comer.

Jimmy esperó hasta la hora de la comida de «Lucky», pero la perrita no regresó. Lotta y la señora Brown también estaban preocupadas.

—No entiendo cómo ha desaparecido. ¿No crees, Jimmy, que la pueden haber robado?

—¡Oh, mamá, no digas eso! —dijo con el corazón lleno de zozobra—. ¡«Lucky»!
¿Dónde está mi perrita?



¿DÓNDE ESTA «LUCKY»?

¿Sería posible que hubiesen robado a la perrita de Jimmy? ¿Pero quién podía haber hecho una cosa así? No había ningún extraño por allí.

Jimmy estaba desesperado. Lotta lloraba porque quería mucho a «Lucky» y porque no podía soportar ver la cara ansiosa y pálida de Jimmy. ¿Qué haría si no la encontraba? No podría trabajar más en el circo.

«Menos mal que tenemos una semana de vacaciones» —pensó la niña secándose las lágrimas cuando vio venir a Jimmy.

—¿Hay noticias? —le preguntó.

—Nadie la ha visto.

—Mira, Liliput está haciéndote señas.

Jimmy corrió hacia él. El hombrecito parecía alarmado.

—Creo que sé quién ha robado tu perra.

—¿Quién?

—¡Fric! Recuerdo que le vi salir de tu carreta con un saco en la mano y algo se movía dentro.

—¡Qué! ¿Supones que «Lucky» estaba dentro del saco? —exclamó Jimmy con el rostro contraído de rabia.

—Creo que sí.

—Tienes razón. Fric estaba furioso con Lotta y conmigo. ¿Qué habrá hecho con ella?

—Venderla. Tenemos que encontrarla antes de que lo haga. Iremos a buscados.

—Pero no sabemos adónde iban.

—Vamos a ver al señor Galliano, Jimmy. Tú salvaste a «Jemima» y te dije que te ayudaría cuando me necesitaras.

—No creí que iba a necesitarte tan pronto —dijo Jimmy tristemente—. Eres un buen amigo, Liliput.

El director del circo se enojó mucho cuando Liliput le dijo que sospechaba que Fric había robado a «Lucky».

—Tenéis que ir a búsqueda en seguida. La semana que viene nos vamos a actuar a Blackpool. Es preciso que consigamos encontrar a «Lucky», Roma y Fric han ido al circo del señor Briqqs, en «Cinco Caminos», a unos treinta kilómetros de aquí.

El señor Galliano estaba tan disgustado que llevaba el sombrero completamente recto. Jimmy estaba a punto de llorar.

La madre de Jimmy hizo un paquete con un pijama, el cepillo de dientes y una toalla y se despidió de su hijo con un beso.

—¿Y quién cuidará de «Jemima» y los otros monos? —preguntó Lotta.

—Me llevaré a «Jemima» y tú puedes cuidar de los otros monos —fijo Liliput.

Lotta se lo prometió a Liliput.

—Eres una buena chica —dijo éste.

El primer tren hacia «Cinco Caminos» estaba a punto de partir cuando Jimmy y Liliput llegaron a la estación.

«Jemima» estaba de buen humor.

Se subió al portaequipajes y examinó todos los cestos y paquetes. La gente se reía, pero Jimmy estaba muy triste y ni siquiera podía sonreír.

Liliput cogió a la monita y la colocó bajo su chaqueta porque «Jemima» estaba intentando arrancar las flores del sombrero de una señora.

Llegaron a «Cinco Caminos» y preguntaron al mozo de estación dónde se encontraba el circo del señor Briggs.

—Bajen por aquella calle y arriba de la colina está el circo. Mejor será que tomen el tranvía porque el camino es largo.

El circo del señor Briggs era igual que el del señor Galliano. En cuanto llegaron, en seguida vieron a Roma, que andaba cerca de la jaula de sus tigres.

—¡Roma! —llamó Liliput.

Éste se volvió y los contempló asombrado.

—¿Venís a trabajar aquí? Me alegro mucho de veros.

—Queremos ver a Fric.

—¿Por qué?

—«Lucky» ha desaparecido de nuestro campamento. Yo vi a Fric cerca del carromato de Jimmy llevando un saco y pensamos que él debe saber algo acerca de la perra —dijo Liliput.

—¡Diablo de chico! —exclamó Roma—. No obstante, yo no he visto a «Lucky» por ninguna parte.

—¿Dónde está Fric? Queremos verle —insistió Jimmy.

—Ha ido al pueblo.

—¿Llevaba un saco? —preguntó Liliput.

—No lo he visto marchar. No tardará en volver. Podéis esperarle. Yo voy a cenar. ¿Queréis acompañarme?

Liliput estaba hambriento y acompañó a Roma a cenar. Pero Jimmy estaba tan triste que no podía comer nada. Se sentó esperando a Fric. Por fin le vio llegar con un saco al hombro.

—¿Qué llevas en ese saco? ¡Enséñamelo!

Fric le miró con sorpresa.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí?

—¡Lo sé todo! ¡Dame ese saco!

Fric se lo arrojó a los pies con gesto altanero.

Jimmy lo abrió con manos temblorosas. Dentro había patatas y dos latas de piña. Nada más. Tiró el saco al suelo y preguntó a Fric.

—¿Qué has hecho con «Lucky»?

—¿«Lucky»? ¿Qué pasa con tu perra?

En aquel momento llegaron Roma y Liliput. Roma cogió a su sobrino por los hombros y le sacudió gritándole.

—¿Dónde está la perra de Jimmy? ¡Vamos, habla!

—No sé nada —repuso Fric sombríamente, y no pudieron sacarle de ahí.

Nadie le creyó, pero siguió negando. ¿Qué podían hacer? No tenían ninguna prueba de que él hubiese cogido a la perra.

—Vuelve tus bolsillos al revés —dijo Roma.

—No quiero. ¿Por qué tengo que hacerlo?

—¿No has oído lo que te he dicho?

Fric vació sus bolsillos. En ellos había un recibo de cinco libras.

—¿Cómo has conseguido este dinero? —preguntó su tío Roma.

—Son mis ahorros —contestó Fric.

—¡Has vendido a «Lucky»! —exclamó Jimmy sacudiéndole hasta que sus dientes castañetearon—. ¡Has vendido mi perrita!

—¡No es verdad! ¡Suéltame!

El señor Briggs venía hacia ellos. Era el propietario del circo. Miró a Jimmy y a Liliput y señaló la puerta.

—¡Fuera de aquí! No pertenecéis a mi circo.

Tuvieron que marcharse, aunque ahora estaban seguros de que Fric había vendido a «Lucky» a alguien del pueblo.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Jimmy.

—Nos hospedaremos en algún sitio para pasar la noche. Mañana iremos a ver a «mamá Piesligeros». Sabe todo lo que ocurre en el pueblo y podrá informarnos. No te preocupes, muchacho. Todo se arreglará.

Buscaron una pensión y, al fin, encontraron una casita en una de aquellas estrechas callejuelas. La mujer que les atendió no prestó mucha atención a «Jemima». Les contó que una vez había alquilado una habitación a un hombre que llevaba consigo a dos ositos y después de esto... bueno, ya no le extrañaba nada.

Cenaron un riquísimo estofado y esta vez Jimmy, aunque seguía muy preocupado, comió con apetito.

Aquella noche, Liliput fue el mejor de los amigos. No permitió que Jimmy estuviera triste y le contó divertidas historias de circo. Cuando se metieron en la cama, «Jemima» se deslizó a los pies al lado del chico.

—¡Ánimo, Jimmy! Encontraremos a «Lucky». No temas.

CAPÍTULO XII

LOTTA DESAPARECE

A la mañana siguiente Jimmy se despertó temprano y estuvo pensando en «Lucky». ¿Dónde estaría? ¿La habría perdido para siempre? ¿Se preguntaría la perrita por qué su amo no estaba con ella, por qué no le daba de comer, por qué no la cuidaba? Por primera vez las lágrimas acudieron a sus ojos y las sorbió tan fuerte que despertó a Liliput. «Jemima» también abrió los ojos y comenzó a chillar.

—El desayuno está listo —dijo Liliput aspirando un rico olor a jamón frito—. Vamos, Jimmy.

Después de desayunar fueron a ver a «mamá Piesligeros». Vivía en una minúscula casa con tres loros, dos monos, un zorro, tres gatos y cuatro perros. Jimmy apenas podía oír lo que hablaban porque los loros armaban un gran alboroto. «Jemima» se puso muy contenta cuando vio a los monos. Saltó encima de la jaula y empezó a parlotear con ellos.

«Mamá Piesligeros» era una mujer muy gorda, amable y de ojos penetrantes. Cuando era joven había amaestrado a muchos animales. Ahora guardaba en su casa los que se quedaban sin dueño. Nunca sabías si ibas a encontrarte un oso en el cobertizo o ratitas blancas en el cuarto de baño.

Liliput le explicó lo que les ocurría con «Lucky» y ella sacudió la cabeza.

—¡Sí... sí... sí... He oído hablar de Jimmy y su amor por los animales! Tenemos que encontrar a su perrita. ¡Cállate, «Polly»! ¡Silencio, «Sally»!

Los loros pararon de hablar y uno de ellos, para entretenerse, mordió la cola de «Jemima». La mona le arrojó un puñado de arroz. El loro protestó y otro dijo solemnemente: «Ahí va eso».

Cuando los animales se tranquilizaron y se restableció la paz entre ellos, Liliput preguntó a «mamá Piesligeros» si había alguien en el pueblo que comprase animales robados.

—Charlie Tipps, Me figuro que habrá oído usted hablar de él. Ha recorrido todos los circos. Será mejor que vayáis a verle.

Jimmy quiso ir en seguida, así que se dirigieron a la dirección que «mamá Piesligeros» les había dado. El chico estaba seguro de que Charlie Tipps había comprado a la perra y la tenía escondida en su casa.

—Así que abran la puerta llamaré a «Lucky» con todas mis fuerzas y si ella está allí me contestará con un ladrido —dijo Jimmy.

—Si está allí la encontraremos —declaró Liliput.

La casa de Charlie tenía un gran jardín con varios cobertizos en donde guardaba los animales que vendía en circos y ferias. ¡«Lucky» tenía que estar allí!

Llamaron y una mujer salió a abrirles y se quedó sorprendida cuando Jimmy la empujó y entró en la casa llamando a «Lucky».

—¡Eh! ¡Qué frescura! —farfulló la mujer.

—¿Dónde está Charlie Tipps? —preguntó Liliput.

—No está. Se ha marchado esta mañana temprano. Ha ido a vender un lote de animales.

El corazón de Liliput dio un salto. ¿Habría ido a vender a «Lucky»? Jimmy la buscó por todas las habitaciones, por el jardín, por los cobertizos, llamó, silbó, pero no obtuvo respuesta. El muchacho volvió junto a Liliput amargamente decepcionado.

—No tenemos nada que hacer aquí, Jimmy. Volvamos al circo. No hemos tenido suerte.

La mujer cerró la puerta sin dejar de refunfuñar. Jimmy y su amigo fueron hacia la estación.

En el campamento todos les esperaban ansiosamente. Al ver a Jimmy tan triste adivinaron que no habían encontrado a la perrita. Todos amaban a los animales y sabían lo amargo que era perder uno. El señor Wally golpeó amistosamente la espalda del chico; el señor Tonks, sin saber qué decirle, le estrechó las manos. Hasta Galliano estaba trastornado.

En cuanto Lotta vio a su amiguito fue corriendo a abrazarle, pero Jimmy la apartó.

—Quería decirte que lo siento mucho —dijo Lotta dolida por la actitud del niño.

—Si no te hubieras metido en lo que no te importa, Fric no se hubiera llevado a «Lucky». ¡Tú tienes la culpa!

—¡Oh, Jimmy, eso no es verdad! —exclamó Lotta echándose a llorar.

Pero él no quería saber nada de la niña. Se sentía muy desgraciado.

Su madre los llamó para comer.

—He hecho algo especial para vosotros.

Nadie tenía apetito. Lotta se fue a su cuarto a llorar y Jimmy se sentó sobre un cubo boca abajo y se quedó pensativo, Parecía otro muchacho: ya no era el niño amable y alegre de antes.

—Ésta no es la mejor forma de combatir las penas —le dijo su padre—. Ven a comer.

Jimmy obedeció a su padre, pero por más esfuerzos que hizo no pudo tragar nada.

El señor Tonks le pidió que le ayudase a lavar a «Jumbo», Intentó mantener al chico ocupado hasta la hora de ir a dormir para ver si podía dejar de pensar por un rato en su perrita perdida.

Antes de ir a la cama Jimmy quiso disculparse con Lotta. Sentía haberle hablado de aquella forma tan poco amable. Preguntó por ella a su madre.

—No la he visto desde la hora de comer. Pensé que estaba contigo.

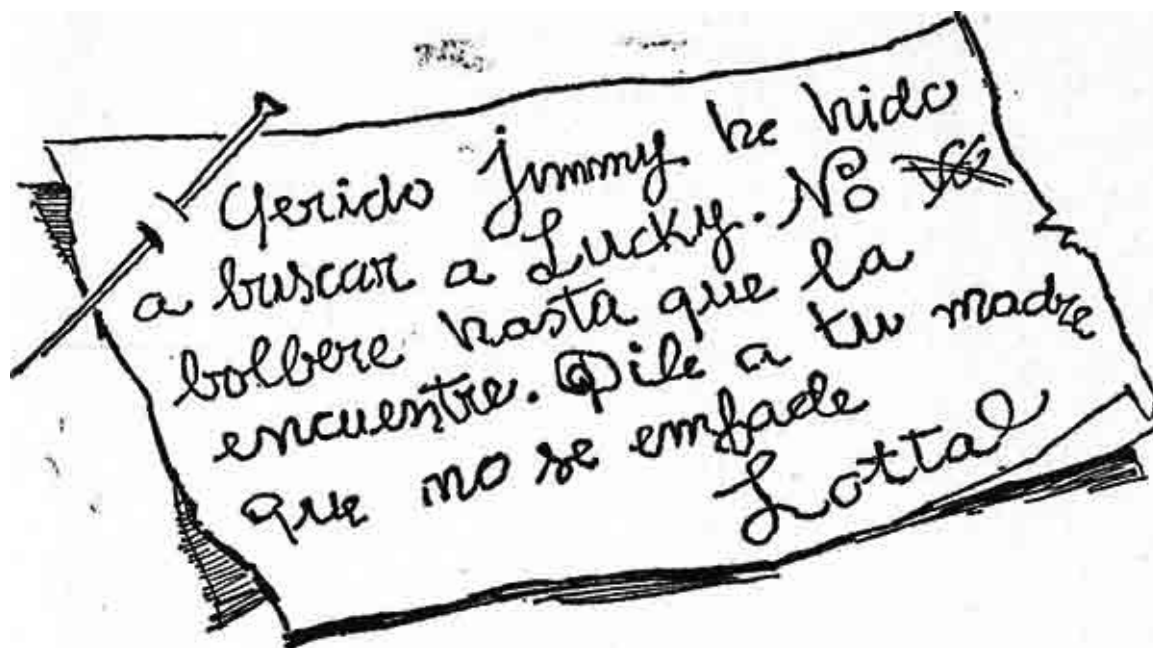
—Iré a ver si la encuentro.

Al cabo de un rato volvió sin Lotta. Su madre había preparado la cena, pero la niña no había regresado. «Lulú» tampoco estaba en la carreta.

—No me gusta que esté fuera de casa hasta tan tarde —dijo el señor Brown intranquilo.

—Tú vete a dormir, Jimmy, debes estar muy cansado —dijo su madre.

Entró en el cuarto del chico y levantó la colcha. Entonces dio un grito de sorpresa. En la almohada, y sujeta con un alfiler, había una nota escrita con letra infantil. La señora Brown la leyó, Jimmy y su padre escuchaban detrás de ella:



—¡Dios mío! —exclamó la señora Brown—. ¿Dónde habrá ido esta chiquilla? ¡Oh, querido... querido... qué desgracia! Como si no tuviéramos ya bastantes problemas.

Jimmy estaba aterrado. ¡Santo cielo! Esto era peor aún que perder a «Lucky».

Brownie salió a decírselo a Galliano. Al poco rato, todos sabían la noticia y hubo un gran revuelo en el campamento. Nadie había visto marchar a la chiquilla.

LA ASOMBROSA AVENTURA DE LOTTA

Lotta se había sentido muy desgraciada cuando Jimmy la había tratado tan injustamente. Había ido a la carreta de Liliput y le había contado todo lo que Jimmy había dicho.

—No se lo tengas en cuenta. Jimmy está muy preocupado por «Lucky». Fuimos a ver a Roma y a Fric. Es casi seguro que Fric ha vendido la perrita a Charlie Tipps.

—¡Charlie Tipps! —exclamó Lotta brillándole los ojos—. Mi padre le conoce. Dice que es un hombre malo. Una vez nos robó un caballo blanco, lo tiñó de color negro y lo vendió.

La chiquilla se sentó y se quedó pensativa. ¡Si lograra devolverle la perrita a Jimmy!

—Liliput, ¿puedes prestarme algún dinero?

—Desde luego —exclamó Liliput cogiendo una tetera de una estantería que le servía de hucha.

—Toma lo que quieras —dijo vaciándola sobre la mesa—. ¿Es para un nuevo vestido?

—No. Es un secreto. Ahora no te lo puedo decir.

Lotta volvió a la carreta de los Brown, recogió su viejo impermeable y se puso los zapatos. Llamó a «Lulú» y las dos salieron sin que nadie las viera.

Lotta saltó el seto que cercaba el campamento y salió a la carretera. En aquel momento venía un autobús, lo detuvo y subió con «Lulú».

—Quiero ir a Uptown —dijo al cobrador.

—Sólo vamos hasta Hillocks, a seis millas de aquí. Allí puedes coger otro coche que te llevará a Uptown.

Ya era completamente oscuro cuando llegaron a Uptown. Había ido a aquel pueblo porque recordaba que allí vivía un gran amigo de Charlie Tipps. Su padre le había dicho que se dedicaba a variar la apariencia de los animales robados de tal manera que parecían diferentes. De aquel modo podían ser vendidos de nuevo, sin que el amo los reconociera en caso de descubrirlos.

Lotta pensaba que Charlie seguramente había llevado a «Lucky» allí.

Cuando bajaron del autobús, se sentía hambrienta y cansada.

Compró galletas y chocolate, que compartió con su perra. Después se dirigió al campo. Allí había un granero. Podrían dormir tranquilamente en aquel lugar. Dentro había muchos sacos. «Esto nos servirá de cama» —pensó la niña. Se echó sobre ellos,

junto a «Lulú», y se tapó con su impermeable. Al poco rato dormían las dos profundamente.

Por la mañana, Lotta se lavó la cara en un arroyo cercano. Alisó sus cabellos y ya estuvo lista para ir al pueblo a buscar al amigo de Charlie.

—Tenemos que encontrar al señor Binks, el amigo de Charlie Tipps. No debemos permitir que nos vea porque puede reconocerme. Tenemos que ir con mucho cuidado.

Lotta preguntó la dirección del señor Binks en Correos, porque la había olvidado.

En cuanto la supo fue a su casa. El señor Binks vivía en una granja donde había grandes establos, cobertizos y perreras. Lotta se quedó viéndolo todo detrás del seto que rodeaba la granja. ¿Estaría allí «Lucky»?

Descubrió unos caballos que corrían por el campo. Estaban entrenándolos para venderlos a un circo. ¡Qué bonitos eran! Lotta deseó poder montar uno.

De pronto tuvo una idea. Si se vistiera como un chico, el señor Binks no la reconocería. Volvió al pueblo y entró en una peluquería. Dijo que le cortaran el pelo como si fuera un niño. Después entró en una tienda y se compró una camisa y unos pantalones cortos. Se escondió detrás de unos matorrales y se cambió el vestido. Cuando salió a la carretera parecía totalmente un muchacho.

Lotta se sentía muy bien así. Metió las manos en los bolsillos y empezó a silbar. «Lulú» no pareció darse cuenta del cambio que había experimentado su ama. Olía igual que antes y era todo lo que a «Lulú» le importaba.

Volvió a la granja y examinó todos los cobertizos y perreras para ver si encontraba a la perrita de Jimmy. Pero no encontró ni rastro de ella.

En aquel instante un coche entraba por la puerta principal. De él bajó Alfred Cyrano, jefe de un importante circo. Este señor había estado interesado por la compra de «Lucky», aunque Jimmy se había negado a vendérsela. Lotta lo reconoció en seguida.

Quería obtener a «Lucky» y era seguro que había venido a comprarla al señor Binks y después se la llevaría a su circo. Lotta pensó que tenía que marcharse con el señor Cyrano para conseguir a la perrita. Pero ¿cómo?

El señor Cyrano entró en la casa. Lotta le siguió y trató de atisbar por la ventana. Cyrano y Binks estaban mirando hacia los campos donde estaban los caballos. Lotta vio en el suelo, casi bajo la ventana, una caja lo suficientemente grande para que cupiese un perro.

De momento, Lotta no supo qué hacer, sin embargo, el ruido de los cascos de los caballos le sugirió una idea. Montaría uno de ellos para que la vieran los dos hombres que estaban en la granja. Pudiera ser que el señor Cyrano, viendo sus habilidades, la contratara para su circo; así se iría con él y... probablemente con «Lucky».

La niña corrió hacia un caballo negro que no tenía silla ni bridas, saltó sobre él y galopó a través del campo. Los mozos que cuidaban los caballos empezaron a gritarle enfadados.

Lotta siguió montada, haciendo acrobacias sobre el caballo. Se puso de rodillas, luego de pie y empezó a saltar ágilmente sobre el lomo del caballo mientras éste seguía a galope.

Por el rabillo del ojo vio a Cyrano y a Binks que se habían asomado a la ventana y la miraban boquiabiertos.

Lotta bajaba del caballo y volvía a subir con gran rapidez, agarrándose a las crines del animal, mientras éste no dejaba de correr. ¡Era extraordinario!

Toda su vida había sido artista de circo, lo llevaba en sus venas. La llamaron desde la ventana de la granja.

—¡Ven aquí, muchacho!

Era el señor Cyrano que lo había estado viendo todo. Lotta saltó al suelo y se dirigió hacia la casa.

—¿Quién eres? —le preguntó a Lotta.

—Soy Barney Beano, el «Chico Prodigio». Me llaman así. Puedo montar cualquier caballo. Estoy buscando trabajo.

—¿Llevas equipaje? Si quieres puedes venirte conmigo y empezar a trabajar la semana próxima.

—No llevo equipaje, pero tengo un perro. ¿Puedo llevármelo?

—Desde luego —repuso el señor Cyrano volviendo a entrar en la casa.

El señor Binks salió a la puerta y llamó a la niña:

—Lleva esta caja al coche del señor Cyrano. Lotta la cogió. ¿Estaría «Lucky» dentro? No se oía nada y la chica no se atrevía a pronunciar su nombre, pero «Lulú» pareció extrañamente excitada y olisqueó la caja moviendo el rabo.

El señor Cyrano subió al coche. Lotta iba en el asiento de atrás con «Lulú» y la misteriosa caja. El señor Binks se despidió de ellos y el coche partió por la vereda.

Lotta deseaba que Jimmy hubiera podido verla en aquel momento.

CAPÍTULO XIV

¡«LUCKY»!

El circo del señor Cyrano estaba muy lejos. De dentro de la caja no salió ningún ruido, a pesar de que Lotta susurró el nombre de «Lucky» varias veces.

Cuando por fin llegaron al circo, el señor Cyrano preguntó por un hombre llamado Tiny^[1].

Tiny era enormemente grueso y robusto, por eso la gente se reía cuando oía su nombre.

El señor Cyrano le señaló los asientos de atrás de su coche.

—El perro que querías lo encontrarás en aquella caja. Le he dado un somnífero para que durmiera. Mañana ya estará bien. Llévate a este muchacho contigo y pon una litera en tu carromato.

Lotta se marchó con Tiny, que parecía una buena persona. Cenaron bocadillos de pan y queso y después de cenar Tiny se puso a leer el periódico. De pronto Lotta tuvo un sobresalto. En el diario publicaban su fotografía. ¡Qué susto pasó! Debajo de su foto estaba escrito lo siguiente:

«Lotta, artista de circo, ha desaparecido.

Los señores Brown, que se hacen cargo de la niña mientras sus padres se hallan en el extranjero, ofrecen una recompensa a quien dé noticias de su paradero».

«¡Menos mal que voy vestida de muchacho! —pensó—. Nadie podrá reconocerme. No puedo regresar hasta que consiga a “Lucky”».

Tiny había colocado la caja dentro de una jaula vacía que tenía descubierta sólo la parte superior, por lo que Lotta no podía distinguir lo que había dentro. Tiny había colocado las llaves de la jaula sobre un estante. Lotta tenía la intención de dormir fuera de la carreta y, cuando todo estuviera en silencio, abrir la jaula del perro.

Así lo hizo. Se llevó una linterna y enfocó dentro de la caja. Allí había un perro que tenía manchas marrón y negro sobre fondo blanco. ¡Qué diferente era de «Lucky»! Lotta le miró tristemente y se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Para eso había pasado tantos apuros! Este perro no era «Lucky».

El animal saltó sobre Lotta lamiéndole la mano y emitiendo amistosos ladridos.

—¡Haces lo mismo que «Lucky», pero eres completamente distinto! Tienes otro color, parece que te hubieran... ¡Claro! ¡Han teñido tu piel!... ¡«Lucky»!

En efecto era «Lucky». Levantó sus patitas e hizo todo lo que le habían enseñado Jimmy y Lotta.

Entonces la niña supo con certeza que aquella perrita era «Lucky» y que la habían teñido de distinto color para que nadie la reconociera. Ahora podría devolverla a Jimmy.

—Tenemos que irnos en seguida —dijo Lotta excitada—. ¡Vamos, «Lucky»! ¡Vamos, «Lulú»!

Las tres salieron sigilosamente del campamento y marcharon a la carretera. Lotta no sabía qué camino tomar, pero estaba determinada a poner mucha distancia entre ella y el circo del señor Cyrano.

Las tres anduvieron en la oscuridad durante horas. Lotta estaba rendida y tenía mucho sueño. Encontraron un viejo pajar y allí se echó al lado de los dos perros y durmieron hasta que el sol estuvo muy alto en el cielo.

Era preciso averiguar dónde se encontraban. Preguntó en una granja y supo que estaban en un lugar completamente desconocido para ella.

—Quiero ir a Greenville. ¿Hay algún tren que vaya allí?

El granjero miró al desaliñado chiquillo que iba acompañado de dos perros. Parecía un gitano.

—Ve a la estación y pregúntalo allí —dijo con rudeza.

Mientras Lotta se dirigía a la estación, se cruzó por el camino con un coche. ¿Quién creéis que lo conducía? ¡El señor Alfred Cyrano! Estaba muy enfadado porque le habían dicho que el «Chico Prodigio» se había escapado del circo con el perro que él había acabado de comprar.

Paró el coche y bajó amenazándola con denunciarla por robo. Pero Lotta no se amilanó.

—¡Tenga cuidado! Si se acerca más mis perros le morderán.

«Lucky» y «Lulú» le enseñaron los dientes desde lejos al señor Cyrano, que retrocedió asustado. Lotta echó a correr seguida de los perros. Saltaron una valla y salieron disparados hacia un campo. Cyrano los vio desaparecer.

Lotta por fin encontró la estación. Compró allí comida para ella y los perros y se sentó a esperar el primer tren que la llevaría a Greenville. Se sentía feliz. ¿Qué diría Jimmy cuando ella regresara al campamento con «Lucky»?

Mientras tanto en el circo del señor Galliano todos estaban muy preocupados por la desaparición de la muchachita. Jimmy se sentía culpable por haberle hablado en un tono tan poco amistoso y haberla hecho responsable de la pérdida de su querida perrita.

Hacia el atardecer del segundo día en que Lotta había desaparecido. Jimmy estaba sentado en los escalones de su carromato y vio aparecer una extraña figurita acompañada de dos perros.

—Mamá, ahí hay un muchacho... ¡Y «Lulú» viene con él! ¿Crees que sabrá algo de Lotta?

—Lleva otro perro —dijo la señora Brown.

Entonces Jimmy dio un grito y echó a correr.

—¡Es «Lucky»! ¡Mi «Lucky»!

—No lo es, Jimmy —dijo su madre desde la puerta de la carreta.

Pero Jimmy hubiese reconocido a su perrita aunque la hubiesen pintado de azul, de rojo y de amarillo.

«Lucky» ladró contenta de estar de nuevo en su casa y corrió al encuentro de su amo. Saltó a sus brazos y le lamió la cara temblando de emoción. Jimmy la acariciaba y lloraba de alegría. Todos salieron para ver lo que ocurría.

Entonces Jimmy vio al extraño muchacho que le miraba sonriente. «Este chico se parece a Lotta —pensó—. Quizá sea su hermano».

Pero en aquel momento hizo una de sus muecas y pellizcó a Jimmy. ¡Era Lotta!

Los chiquillos se abrazaron fuertemente.

—¡Querida Lotta! Has encontrado a «Lucky». Pero, ¿por qué te has cortado el pelo?; ¿cómo has hallado a mi perra?; ¿por qué te has vestido así?; ¿dónde has estado?

Lotta se reía gozosa.

—He pasado muchas aventuras y tengo hambre. Vamos a casa y te lo contaré todo.

En aquel momento apareció el señor Galliano, abrazó a Lotta y acarició a «Lucky».

—Aquí tenemos a nuestra Lotta vestida de muchacho. ¡Sí!, y aquí está «Lucky» transformada en otro perro de distinto color. Venid todos a cenar a mi casa y nos lo contarás todo, Lotta.

Cenar con el señor Galliano era un gran honor. Los señores Brown, Jimmy y Lotta entraron en la elegante carreta de los señores Galliano.

Después de una deliciosa cena compuesta de salchichas, patatas fritas, ensalada, fruta y crema, Lotta relató sus aventuras.

La niña estaba casi dormida cuando acabó de hablar. Brownie la tomó en brazos y la llevó a la cama.

Jimmy era feliz. Tenía otra vez a «Lucky», y Lotta había regresado sana y salva.

—Lotta —dijo el chico antes de dormirse—, siento mucho las cosas que te dije. No era verdad. Pienso que eres la muchacha mejor del mundo.

—Gracias, Jimmy —murmuró Lotta antes de cerrar los ojos.

Jimmy permaneció aún un buen rato despierto pensando cómo podía recompensar a Lotta por haberle devuelto a su querida perra.



UN REGALO PARA LOTTA

Cuando a la mañana siguiente Lotta se despertó se sintió muy dichosa. Estaba de nuevo en su camita caliente y cómoda. Desde la ventana vio salir el sol.

—¡Levántate, Jimmy! —le gritó—. Hace un día estupendo. Vamos a dar un paseo con los perros.

Jimmy se despertó y su primer pensamiento fue para «Lucky». Sacó la mano de entre las sábanas y acarició a la perrita, que estaba echada a su lado.

¡Qué extraño color tenía! Pero... no importaba. La bañaría y volvería a ser como antes.

Los niños se levantaron y fueron a dar un paseo.

—¡Qué contenta estoy, Jimmy! Me sentía tan desgraciada cuando Fric estaba aquí... Tenía miedo de que los tigres te hicieran daño cuando entrabas en las jaulas.

—Vamos a olvidarlo todo, ¿quieres? Fric fue muy malo con nosotros robando a «Lucky» y siento que le odio, pero mi madre dice que no hay que odiar a nadie porque el rencor envenena nuestro pensamiento. Así que es mejor no pensar más en ello.

—Buena idea —dijo Lotta riéndose.

De pronto Jimmy cogió las manos de la niña y le dijo:

—Quiero hacerte un regalo por haber salvado a «Lucky», pero no sé qué puede ser. Dímelo tú, ¿hay algo que desearías tener?

—Quisiera que mis padres regresaran y poder montar a caballo. Es mi mayor deseo.

—Ya lo sé. No puedo hacer que tus padres regresen, pero puedo hacer que montes a caballo. ¡Yo te compraré uno!

—¡Oh Jimmy! —exclamó Lotta con las mejillas encarnadas por la emoción—. ¿Harías eso por mí?

—Nunca olvidaré que fuiste capaz de irte sola para rescatar a «Lucky».

—No quiero ningún regalo. Un caballo cuesta mucho dinero.

—«Lucky» y yo hemos ganado mucho y lo tengo guardado. Se lo pediré a mi madre.

La señora Brown no tuvo ningún inconveniente en que Jimmy le hiciese este regalo a su amiguita.

—El dinero es tuyo, hijo mío, y puedes hacer lo que quieras con él. Será mejor que pidas consejo a Lou y a sus hermanas.

Antes de que tuvieran tiempo de hablar con Lou, Pepita y Juanita, el señor Galliano les llamó para que trajeran a «Lucky».

—Mi mujer ya tiene a punto el baño.

La señora Galliano había preparado un baño especial para desteñir el pelo de «Lucky». En una gran tinaja había agua de un extraño color malva con pequeñas burbujas amarillas flotando por encima.

Allí metieron a «Lucky», que se resistía a dejarse meter en aquella tinaja, pero la señora Galliano la sostuvo firmemente y le dio un buen restregón. Gradualmente el agua fue volviéndose negra, mientras que «Lucky» iba recobrando su color normal.

Cuando terminó el baño, «Lucky» volvía a ser la misma de siempre.

—Ahora vamos a hablar con Lou y sus hermanas —propuso Jimmy que se sentía feliz.

Encontraron a Lou ejercitándose sobre un hermoso caballo blanco a quien llamaban «Estrella Brillante». Jimmy le expuso el deseo que tenía de regalar un potrillo a Lotta.

—Estupendo —dijo Lou—. Mañana podemos ir a ver a nuestro hermano, que tiene muchos caballos para vender.

—Iremos todos —dijo Pepita con voz suave—. Estad preparados a las nueve.

Al día siguiente a las nueve en punto de la mañana estaban ya todos preparados para partir en busca del hermano de Lou. Cada uno montaba un caballo. Jimmy y Lotta los habían pedido prestados al señor Galliano.

Llegaron a la granja, en la que había una gran cantidad de hermosos caballos que corrían libremente por el campo.

—Id a echar una ojeada mientras yo voy a buscar a mi hermano —dijo Lou.

Todos fueron a verlos de cerca, y de pronto dijo Lotta, señalando uno negro que tenía una bella estampa:

—¡Aquél es el que quiero, Jimmy! Es el que más me gusta de todos.

LA DOMA DE «BLACK BEAUTY»

Jimmy miró el caballo que Lotta señalaba. Era un potro de color azabache que tenía una estrella blanca sobre la frente. Los ojos le brillaban y sacudía su arrogante cabeza. Cuando vio que todos le miraban, se levantó sobre sus patas traseras.

—Es el potro más bonito que he visto en mi vida —exclamó Lotta con la cara radiante.

Cuando Lou volvió con su hermano, lo señaló diciendo:

—Quiero éste.

—Es muy hermoso —repuso Philip, el hermano de Lou—, pero es muy salvaje. Nadie ha podido montarlo. Me lo han comprado dos veces y las dos me lo han devuelto porque no lograron domarlo.

—Me gusta éste —repitió Lotta—. Puedo montar cualquier caballo.

—Éste es muy salvaje. Muerde, da coces y da saltos.

—Así es como me gustan.

—Escoge otro. Éste no te lo puedo vender. Es peligroso —repitió Philip.

—¿Qué te parece aquel castaño claro? —insinuó Lou con la esperanza de que Lotta se olvidara del otro caballo.

—Quiero aquel potro negro y ahora mismo voy a buscarlo.

Lotta se dirigió con decisión hacia el potrillo y cuando llegó a su lado, sin darle tiempo de reaccionar, saltó sobre él y se sujetó a la crin. Asustado y molesto, el caballo se encabritó, pero Lotta apretó las rodillas y se aferró a sus costados como una lapa a una roca.

El caballo salió disparado galopando a través del campo. Lotta se inclinó, apretándose más y más contra él. El animal resoplaba y sacudía la cabeza. La chica le hablaba suavemente tratando de calmarle, igual que Jimmy hacía con los perros, pero aquel animal no era fácil de domesticar.

Siguió corriendo y de pronto se levantó sobre sus patas traseras intentando arrojar a Lotta al suelo. Viendo que no lo lograba se tumbó y giró sobre sí mismo, pensando que era la manera segura de librarse de su jinete.

Pero Lotta estaba esperando esto y saltó al suelo con rapidez. Cuando el caballo se levantó, la niña montó de nuevo.

Jimmy los miraba asombrado. Nunca había visto nada parecido. Sabía que el caballo y la niña estaban midiendo sus fuerzas, a ver quién quedaba derrotado. Lotta era maravillosa. Sólo una chiquilla que hubiese vivido toda su vida en un circo podía hacer tal cosa.

Todos estaban admirados de su habilidad. Nadie decía una palabra.

Por fin el caballo se detuvo. Tenía la boca llena de espuma. Su cabeza colgaba abatida. Sus finas patas temblaban. ¡Lotta lo había dominado!

—Llévadlo al establo y frotadlo bien —dijo Philip a los niños.

—¿Podré llevármelo? ¿Nos lo vende? —preguntó ansiosamente Lotta.

—Es vuestro. Nadie logró hacer con él lo que tú has hecho, muchacha.

Lotta enrojeció de placer. Trajeron el potro al establo y le secaron el sudor.

—Tengo miedo de que te hagas daño con este potro salvaje, Lotta —dijo Jimmy.

—Yo también temía por ti cuando ibas a ver los tigres —replicó Lotta—. ¡Oh, Jimmy, soy tan feliz! Éste es justamente el caballo que siempre he deseado tener.

—Lo montaré para ir a casa —añadió Lotta—. Ya descansará mientras comamos. ¿Qué nombre le pondremos?

—Una vez leí un libro que trataba de un caballo negro y se llamaba «Black Beauty». (Belleza Negra). Podemos llamarle así.

—De acuerdo.

Regresaron al campamento hablando y riéndose. Lotta montaba a «Black Beauty», que ahora llevaba silla y riendas. La niña estaba orgullosa de él. Le enseñaría con paciencia muchas cosas. Sería el caballo más listo del circo.

Cuando llegaron al campamento todos sus compañeros se acercaron para admirar a «Black Beauty». El señor Galliano lo elogió mucho.

—Has escogido bien, Lotta.

—Esta chica es una maravillosa amazona, señor Galliano. Debería salir a la pista —dijo Lou.

—Tienen que darle permiso sus padres. No puede trabajar en el circo mientras ellos estén fuera —objetó la señora Brown.

—Tus padres no tardarán en volver. Adiestra bien al potrillo y... veremos... veremos... —La animó el señor Galliano.

Jimmy trajo a su perra para que hiciera amistad con «Black Beauty». El caballo bajó la cabeza para olfatear a aquella pequeña criatura que se alzaba sobre sus patitas traseras para alcanzar su hocico.

—Ya son amigos —exclamó Jimmy complacido—. ¡Cuántas aventuras hemos pasado!

—Y la mejor de todas ha sido la compra de «Black Beauty» —dijo Lotta—. Soy la muchacha más feliz del mundo y todo gracias a ti, Jimmy.

Cuando por la noche regresaron al carronato para cenar, la señora Brown les dijo que al día siguiente se iban de allí.

—Tendréis que levantaros temprano.

—¡Estupendo! —dijo Jimmy—. Pronto podremos ver a los osos. ¡Qué bien lo vamos a pasar!

LOS OSOS LLEGAN AL CIRCO

Cuando llegaron al pueblo en donde iban a volver a montar el circo, ya estaba esperándolos un gran camión-jaula.

—Deben de ser los osos —dijo Jimmy saltando de alegría—. Vamos a verlo, Lotta.

Efectivamente, en aquella jaula había cinco osos. Tres de ellos no mucho mayores que un cachorro. Tenían el pelaje oscuro, eran gruesos y calmosos.

Jimmy se acercó a ellos y les habló. Al principio los osos no se dieron por enterados de la presencia del chico, pero mientras les hablaba, uno de los cachorros se revolcó por el suelo patas arriba. A Jimmy le hizo mucha gracia, pero cuando más entretenido estaba observándolos, oyó una voz que gritaba:

—¡Eh, tú! ¡Fuera!

Era un hombre grueso que venía corriendo hacia él.

—¿Quieres que te despedacen?

—No se preocupe, señor Volla. Es un chico muy valiente. Entraba en la jaula de los tigres. Dentro de poco esos animales, sus osos, comerán en su mano.

—Así que este chico es Jimmy —dijo Volla, que tenía unos bigotes parecidos a los del señor Galliano—. He oído hablar de él y sé que tiene un perro muy inteligente. ¿No es cierto?

—Es verdad —repuso Jimmy emocionado—. Mírela, ahí viene.

«Lucky» lució sus habilidades delante del señor Volla, obedeciendo las órdenes de Jimmy.

Entonces el señor Volla hizo restallar su látigo y los osos se pusieron de pie. Estaban tan cómicos que Jimmy se rió mucho.

—Parecen el payaso Stanley «Pegajoso».

—Es que los osos son los payasos del reino animal. Son muy divertidos. Dos de éstos se colocan guantes de boxeo y pelean entre sí. Seguro que gustarán al público.

Aquella noche los osos actuaron con mucho éxito. En la jaula había varios taburetes. Uno de ellos iba a sentarse y el otro le retiraba el asiento y se caía, provocando grandes carcajadas a la gente. Había otro par que se cogían de las manos y danzaban como si fueran expertos bailarines.

Otros dos, «Grizel» y «Tubby», peleaban con los guantes de boxeo puestos, dándose fuertes manotadas en las narices y en el pecho.

«Dobby», otro de los osos, trajo una pelota y jugaron un reñido partido de fútbol. Después, todos juntos, bailaron un alegre vals.

Tuvieron un clamoroso éxito. Jimmy estaba emocionado.

—Señor Galliano, los osos son mucho mejores que los tigres.

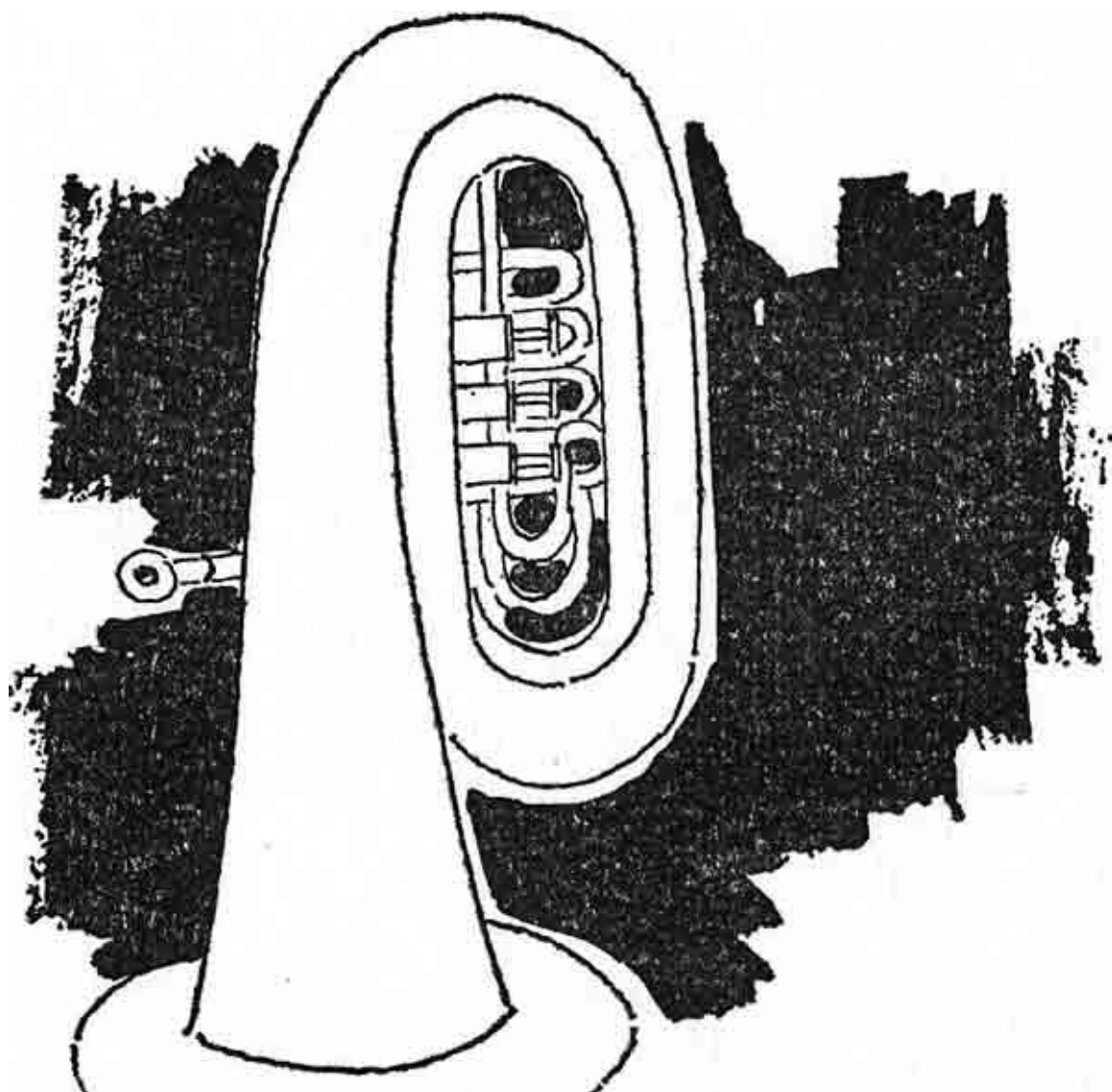
—Tienes razón, han estado muy bien esta noche.

A Lotta también le gustaban, pero ella lo que deseaba era salir a la pista con su caballo.

—¿De qué sirve tener un hermoso caballo y amaestrarlo si no puedo montar en él y trabajar en el circo? —decía a punto de llorar.

—Podemos enseñar a «Lucky» a montarlo y tú podrás sacar a «Black Beauty» cuando llegue «mi» turno —propuso Jimmy—. ¿Te parece bien?

—Eres el mejor amigo del mundo —dijo Lotta abrazándole—, empecemos a entrenar a «Lucky» mañana mismo.



LA OPORTUNIDAD DE LOTTA

«Lucky» siempre se hallaba dispuesta a aprender nuevos trucos porque era una perrita muy inteligente y le gustaba demostrarlo.

Sabía balancearse sobre la cuerda floja y no tuvo dificultad en aguantarse en equilibrio sobre el lomo del caballo, pero cuando «Black Beauty» empezó a trotar, «Lucky» pensó que no era tan fácil como se imaginaba. Se cayó varias veces, pero volvía a montar nuevamente.

«Black Beauty» galopaba dando vueltas por la pista; Se lo había enseñado Lotta. «Lucky» había descubierto que sentándose cerca de la cola del potro era más fácil sostenerse. Antes de terminar la mañana, «Lucky» ya sabía montar tan bien como Lotta.

—Creo que podríamos enseñarle a saltar sobre un aro de papel como hago yo. Una vez haya aprendido a sostenerse bien, logrará hacerlo, estoy segura.

Trabajaron todos los días un rato. Jimmy sabía que poco a poco era la mejor manera de enseñar a los animales. De vez en cuando, les daba golosinas como recompensa.

Emplearon mucho tiempo y mucha paciencia para enseñar a la perrita y al caballo a trabajar juntos. «Lucky» aprendió rápidamente a saltar sobre «Black Beauty» pasando a través de un aro de papel sostenido por Jimmy. Estaban seguros de que cuando el señor Galliano viera el espectáculo permitiría que el caballo de Lotta saliera a la pista.

«Black Beauty» tenía un perfecto sentido del ritmo. Adoraba la música. Lotta hacía de él lo que quería. Galopaba velozmente, y, a una voz de ella, el caballo se detenía y quedaba inmóvil. La niña salía disparada por entre las orejas del animal, daba una voltereta en el aire y caía siempre de pie, como los gatos. Sabía montar arrodillada e incluso sosteniéndose sobre un pie. Saltaba a través de un aro de papel y muchas cosas más.

Su mejor proeza era pasar por debajo del cuerpo del potro mientras éste galopaba y aparecer por el otro lado. Era muy peligroso, porque podía caerse y ser pateada por el animal, pero no tenía ni pizca de miedo.

«Lucky» corría tras ellos ladrando excitada y Lotta se inclinaba hasta el suelo, la cogía y las dos se ponían de pie sobre el lomo de «Black Beauty».

Cuando «Lucky» supo saltar por un aro, montar sin caerse y hacer todos los ejercicios acrobáticos, los niños fueron a ver al señor Galliano para enseñárselo.

—Este perro es muy inteligente —exclamó entusiasmado—. Esta noche puede salir a la pista con «Black Beauty». ¡Sí!

—Lotta me ha ayudado mucho y, además, el caballo es suyo: ¿puede sacarlo ella a la pista?

—Puede hacerlo.

Los niños se marcharon muy contentos a comunicarle la noticia a la señora Brown.

—Quiero ponerme el vestido que usaba para salir a la pista cuando mis padres estaban aquí —dijo Lotta entusiasmada.

Pero su lindo vestido le venía corto y estrecho porque había crecido y engordado en estos últimos meses. Estaba a punto de llorar, pero la señora Brown dijo que lo arreglaría todo.

—No te preocupes, Lotta —dijo la madre de Jimmy cogiendo el monedero—. Ven conmigo al pueblo; compraremos lo necesario y en poco tiempo te haré un vestido nuevo.

—¡Qué buena es usted, señora Brown! —exclamó Lotta poniéndose rápidamente los zapatos y corriendo tras ella.

Compraron gasa blanca adornada de lentejuelas de plata y unas zapatillas.

La señora Brown le hizo un vestido con falda muy cortita y vaporosa. Llevaba una varita mágica y unas grandes alas que pintaron con purpurina. Parecía una deliciosa hada.

Ya estaba todo listo para la representación de la noche. Lotta se sentía muy feliz. Por fin podría volver a salir a la pista.

Cuando empezó la función y le tocó el turno a Jimmy y a su perrita, la gente aplaudió mucho. Jimmy estaba muy guapo con su carpa roja.

«Parece un príncipe» —pensó Lotta.

«Lucky» trabajó muy bien, y cuando Jimmy le ordenó: «Escribe el nombre de la persona que tiene el mejor circo del mundo», «Lucky» sacó ocho letras de un montón y las puso por este orden:

G A L L I A N O

La gente prorrumpió en un atronador aplauso.

Generalmente éste era el último número de «Lucky», pero aquella noche aún había más. Apareció Lotta montando a «Black Beauty». Estaba encantadora con su precioso traje de hada. Bajó del caballo y lo dejó al lado de Jimmy.

—¡Arriba!... ¡Arriba!... —gritó Jimmy, y la perrita saltó sobre «Black Beauty» que iba al trote. Subía y bajaba del caballo mientras éste no dejaba de correr. Todo el mundo aplaudía.

Al final, «Lucky» saltó a través de un aro de papel que sostenía Lotta y fue a caer de nuevo sobre «Black Beauty», que no había cesado de dar vueltas por la pista.

El número había terminado. Jimmy y «Lucky» salieron de la pista. Lotta iba a seguirles, pero alguien del público gritó:

—¡Queremos ver trabajar a la chica!

Lotta no se atrevía a salir y miraba al señor Galliano, quien no sabía qué hacer.

El público reclamaba la presencia de la chiquilla.

—Monta y haz lo que puedas —autorizó finalmente el señor Galliano.

Lotta salió a la pista montando a «Black Beauty». ¡Por fin tenía la oportunidad de lucir sus habilidades!

EL ÉXITO DE LOTTA

Lotta hizo un signo con la mano y la música empezó a sonar. «Black Beauty» levantó las orejas. Como la mayoría de los caballos, adoraba la música.

—Vamos, baila —le susurró la niña al oído, y el caballo comenzó a girar llevando perfectamente el compás.

Los músicos estaban asombrados. Siempre tenían que tocar siguiendo el ritmo de los animales, pero este caballo los seguía a ellos y llevaba perfectamente el compás de la música.

La música paró y redobló un tambor. Era la señal para que «Black Beauty» empezase a galopar.

Comenzaron a dar vueltas por la pista cada vez más aprisa. De pronto Lotta dio un grito y el caballo se detuvo en seco.

La niña salió disparada, dio una voltereta en el aire y cayó de pie.

Todos tuvieron un susto terrible. Creyeron que iba a matarse, pero cuando vieron lo que hacía la niña aplaudieron con todas sus fuerzas.

—¡Viva!... ¡Viva!... —gritaban.

El potro seguía corriendo por la pista y, cuando pasó junto a Lotta, ésta dio un salto y lo volvió a montar. Se puso de rodillas, después de pie, saltaba sobre el caballo graciosamente. Jimmy pensó que estaba muy bonita y que era muy valiente.

El señor Galliano estaba verdaderamente asombrado viendo lo que sabía hacer la chiquilla, pero aún se sorprendió más cuando la vio pasar por debajo de la barriga del potro y aparecer por el otro lado.

La gente estaba puesta en pie aplaudiéndola. Era una de las mejores atracciones que habían visto aquella noche. Era la mejor actuación. Lotta tenía ganas de llorar. Estaba muy emocionada cuando salió de la pista entre las aclamaciones del público.

—¡Oh Jimmy! «Black Beauty» ha estado maravilloso. Es el mejor caballo que he visto en mi vida —exclamó llena de entusiasmo la niña.

—Y tú la mejor amazona del mundo —le dijo Jimmy.

Lou, Pepita y Juanita felicitaron a la pequeña. Todos iban a darle la enhorabuena. Lotta no sabía lo que le pasaba, pero sí que lo había conseguido gracias al regalo que le había hecho su amigo.

Cuando hubo terminado el espectáculo, el señor Galliano envió a buscar a los niños. Llevaba el sombrero tan torcido que parecía que iba a caérsele de un momento a otro.

—Habéis trabajado bien, niños. ¡Sí! Lotta podrá salir todas las noches con Jimmy.

¡Trabajar juntos! Era mejor de lo que esperaban. ¡Qué divertido iban a pasarlo!

—Gracias, señor Galliano, muchas gracias.

—Mis padres estarán contentos cuando regresen y vean que trabajo en el circo.

—Así lo espero.

Llegó la hora de irse a dormir, pero los chicos no podían conciliar el sueño. Hablaban y hablaban hasta que la señora Brown tuvo que regañarles.

—Si oigo una palabra más, me enfadaré.

Temiendo enfadar a la señora Brown, se callaron y se dispusieron a dormir.

EN EL CIRCO HAY DIFICULTADES

Todas las noches Lotta y Jimmy salían juntos a la pista con «Lucky» y el caballo. A la gente le gustaba mucho el trabajo de los niños y el señor Galliano estaba muy contento.

Al cabo de un tiempo abandonaron aquel lugar. Se desmontaron de nuevo las tiendas y se dirigieron a otro pueblo. En la vida de circo se viaja continuamente. Es un constante ir y venir. Un cambio continuo.

Era verano y el campo estaba magnífico. Había cientos de amapolas entre las espigas de trigo. Lotta hacía grandes ramos con los que adornaba el carromato de los señores Brown.

Cuando pasaban por los pueblos, Lotta montaba con orgullo su precioso caballo negro y saludaba a los niños que saltan a verlos.

Llegaron a su punto de destino y de nuevo montaron las tiendas, la carpa y las jaulas; es decir, todo el trájín que lleva consigo un circo.

Un día, poco tiempo después de instalarse en aquel lugar, Lotta recibió carta de su madre. La carta decía así:

«Querida Lotta: Pronto llegaremos. Espero que te hayas portado bien. No hemos recibido carta tuya desde hace mucho tiempo. Espero que pronto empieces a ensayar para poder salir con nosotros a la pista. Tenemos nuevos caballos.

Un cariñoso abrazo de tu madre,

Lal».

—Mi madre no sabe que salgo todas las noches a la pista. ¡Qué sorpresa tendrá! Veré a mis padres pronto. Jimmy. ¿No es estupendo?

A los pocos días dos grandes camiones entraban por la puerta principal del campamento. A los lados llevaban pintadas unas grandes letras de color rojo:

«LAL, LADDO Y SUS MARAVILLOSOS CABALLOS».

Lotta dio tal chillido de alegría que a la señora Brown se le cayó la cuchara dentro del estofado que estaba cocinando.

—¡Ya han llegado mis padres! ¡Ya están aquí!

Su padre había bajado del camión y se dirigía sonriente hacia ella. Lotta se arrojó en sus brazos, abrazándole una y cien veces.

—¿Y mamá? —preguntó Lotta.

—Está enferma —dijo Laddo entristeciéndose de repente—. Se cayó del caballo y se lastimó la espalda. Tiene que permanecer en cama por lo menos durante cinco o seis semanas.

Lotta comenzó a llorar desconsoladamente. ¡Tanto había deseado ver a su madre!

—No llores, hija mía. Te prometo que iremos a verla mañana. Ha tenido que quedarse en el hospital. Yo tampoco podré quedarme aquí: tengo que trabajar y debo trasladarme a otro circo en donde está madame Fifinella, que sustituirá a tu madre mientras esté enferma. Ahora iré a hablar con el señor Galliano.

Lotta estaba muy triste. Todo había fracasado. Ahora que parecía que las cosas iban a ir tan bien... Su madre tardaría muchas semanas en estar con ella, su padre se iba a otro circo. ¿Se la llevaría con él? En otro circo no le permitirían actuar. Tampoco soportaba la idea de dejar a Jimmy.

Se sentó sobre una piedra y se echó a llorar. «Lulú» fue hacia ella y le lamió la cara. Intentaba consolar a su amita. Jimmy las encontró así y se quedó muy sorprendido.

—¿Qué te pasa, Lotta?

La niña se lo contó todo entre lágrimas. ¡Perder a Lotta y a «Black Beauty»! ¡No poder trabajar juntos! ¡Qué triste era todo esto!

Se sentó sintiendo que sus piernas flaqueaban.

—Tenemos que «hacer» algo —dijo con desesperación.

De pronto dio un salto y apretó las manos de Lotta.

—¡«Ya» lo tengo! ¿Por qué no actúas «tú» con tu padre? —dijo—. Él no sabe que tienes un caballo de tu propiedad y que has aprendido muchas cosas. Vamos a proponérselo al señor Galliano.

—¿Crees que me lo va a permitir? Yo sé que puedo hacer lo mismo que madame Fifinella. Pero, ¿y mi madre?

—Si Laddo y tú trabajáis aquí, tu madre puede venir a este circo y entre todos la cuidarán. Estará mucho mejor con nosotros que en un sitio extraño.

—Jimmy, creo que has tenido una idea genial. Vamos a decírselo al señor Galliano.

Corrieron hacia el carronato del director del circo, que en este momento estaba hablando con el padre de Lotta.

Jimmy asomó la cabeza por la ventana abierta.

—Estoy ocupado —dijo el señor Galliano con voz grave—. Espera ahí fuera.

—Tenemos que verle ahora mismo. Por favor, tenga la bondad de dejarnos entrar.

El señor Galliano hizo un gesto de impaciencia. No estaba de buen humor a causa de las malas noticias que le traía Laddo.

—Entrad —dijo al fin—. Vamos a ver lo que quieren estos chicos.

ADIÓS A TODOS... Y ¡BUENA SUERTE!

Jimmy y Lotta subieron corriendo los escalones de la «roulotte».

—¿Qué queréis ahora? ¿No veis que estoy ocupado?

—Perdone, señor Galliano, pero es preciso que nos oiga ahora mismo —dijo Jimmy—. Hemos pensado que Lotta puede actuar con su padre; así él no tendría que marcharse a otro circo y su madre, Lal, podría venir aquí.

—¡Hummm! —gruñó el señor Galliano quedándose pensativo.

Laddo los miraba a todos sin comprender.

—Lotta tiene un caballo de su propiedad —explicó el señor Galliano a Laddo—. Se lo regaló Jimmy porque Lotta rescató su perrita. Se la habían robado. ¡Sí! El caballo es el animal más bello e inteligente que he visto en mi vida. Todas las noches sale a la pista con Lotta.

—Ha ensayado mucho, señor Laddo —exclamó Jimmy con vehemencia—. Puede hacer todo lo que usted quiera. ¿Trabjará con usted?

—Eso tiene que decirlo el señor Galliano —dijo Laddo verdaderamente impresionado.

El director se volvió y le preguntó a su mujer.

—¿Qué opinas, Tessa?

La señora Galliano miró a Lotta y dijo lentamente, como pesando las palabras.

—Creo que... sólo por unas pocas semanas... Me parece que no hay ningún inconveniente.

El marido confiaba mucho en el buen sentido de su esposa. Ella hablaba poco, pero todo lo que decía era siempre razonable.

—¡Ya está arreglado! —exclamó Galliano dando un golpe en la mesa con el puño que hizo dar un salto a todos—. Lotta actuará con su padre hasta que Lal esté bien. Ya puede usted escribir a esa madame Fifi... Fifi...

—Fifinella —aclaró Laddo.

—Fifi... eso, diciéndole que no la necesita para nada.

—Entonces será mejor que me ponga en seguida en camino para ir a buscar a mi mujer. Estará mucho mejor entre nosotros.

—Ciertamente, ciertamente, ciertamente —repuso Galliano—. Tessa, las cosas van bien. Queremos helado de fresa.

Así era el señor Galliano. Tenía un genio vivo, pero un corazón de oro. Cuando las cosas le salían a pedir de boca invitaba a todos a comer helado, a beber cerveza o a tomar café. Incluyó su sombrero hacia su oreja izquierda y salió contoneándose.

Lotta corrió hacia la carreta de la señora Brown y se precipitó dentro como una tromba. Por segunda vez aquella mañana la madre de Jimmy dejó caer la cuchara dentro del estofado.

—Niña, quiero advertirte... —empezó a decir.

Pero Lotta no la dejó terminar. La cogió por la cintura y comenzó a dar vueltas gritando:

—¡Mi madre viene mañana! ¡Yo actuaré con papá! ¡Viva!... ¡Viva!... ¡Viva!...

—Bueno, bueno, estáte quieta, muchacha. Cuéntamelo todo desde el principio.

Jimmy y Lotta hablaban los dos a la vez, «Lulú» gruñía y «Lucky» ladraba. Era difícil enterarse de nada, pero la señora Brown escuchaba pacientemente. En mitad del relato oyeron un ruido. Era «Black Beauty» que estaba impacientándose y había introducido la cabeza dentro del carromato.

—¡Eso sí que no! —exclamó la señora Brown—. He tenido perros y monos y no sé cuántas cosas más, pero no estoy dispuesta a que un caballo meta la nariz en mi casa. ¡Fuera!

Los niños se rieron mucho de la ocurrencia de «Black Beauty».

Por fin, la señora Brown pudo oír el final de la historia y estuvo muy contenta de que Lal regresara y que Lotta pudiera actuar con su padre.

—Tú y yo —le dijo a Lotta— iremos a limpiar vuestro carromato. Hay que tenerlo todo listo para cuando venga tu madre. Será mejor comer en seguida y luego empezar el trabajo.

La comida fue muy alegre. De postre hubo helado de fresa, desde luego.

Los caballos de Laddo ya estaban instalados en el campamento. Lou y sus hermanas se iban a otro circo con el que habían ya firmado un contrato anteriormente. Los niños sintieron mucho despedirse de ellos: les habían tomado más cariño. Pero así era la vida de circo. Llegaban unos... se iban otros... Los chicos estaban ya acostumbrados a esto.

Además, ahora tenían mucho trabajo arreglando la carreta de Lal. Querían que cuando llegase lo encontrase todo limpio y a punto. Jimmy fue al pueblo a comprar tela azul y la señora Brown hizo unas lindas cortinas para las ventanas.

Sacudieron esteras, limpiaron cristales, sacaron brillo a la cocina, arreglaron la despensa, pusieron lindos papeles de colores en los estantes y hasta un ramo de flores en la mesa de comer.

—¡Santo cielo! Qué bonito ha quedado todo —exclamó Lotta contemplándolo con satisfacción.

Jimmy y Lotta fueron al pueblo a comprar más cosas. Estaban muy contentos. ¡Qué suerte, haberle regalado el caballo a la niña! De esta forma podría quedarse con ellos.

Laddo había ido a buscar a su esposa al hospital. Alquiló un coche y colocó blandos cojines en el asiento de atrás para que pudiera viajar cómodamente Lal, su mujer.

Los chicos estaban muy impacientes e iban y venían a la carretera esperando ver aparecer el coche. Por fin llegó y todos salieron a darle la bienvenida a Lal porque la querían mucho y se alegraban de tenerla con ellos y poderla cuidar.

El coche entraba lentamente para evitar los baches. Lal saludaba a todos desde el asiento posterior.

Lotta no tuvo espera y subió al coche para poder abrazar a su madre.

Cuando Laddo detuvo el coche, la bajaron con mucho cuidado y la metieron en cama. Lotta estaba muy contenta de tener otra vez a su madre con ella. La abrazó por lo menos veinte veces y le contó todas las aventuras que había tenido, con «Lucky» y «Black Beauty».

Al caballo le permitieron asomarse a la carreta de Lal para que lo viese.

—Es un hermoso ejemplar —dijo.

El día transcurrió rápidamente con todas estas novedades. Llegó la noche y el circo abrió las puertas una vez más. La gente empezaba a entrar, las luces brillaban y Oona esparcía serrín limpio por la pista.

Dejaremos a Jimmy y a Lotta mientras son tan felices. Sería divertido seguirlos, pero todas las historias tienen su fin.

Oona ha terminado de arreglar la pista y ha ido a ponerse su brillante traje. Stanley «Pegajoso», el payaso, ya está vestido y se está pintando la cara de color rojo y blanco.

El señor Wally le está poniendo a «Sammy», el chimpancé, un lindo traje nuevo.

El señor Tonks cepilla a «Jumbo». Tiene que subirse a una alta escalera de mano para llegar a limpiarlo bien. Le está hablando como si fuera un amigo, y ¡vaya si lo es!

Liliput está arreglando a sus monitas y regaña a «Jemima» porque se ha puesto cuatro sombreros, uno encima de otro.

Laddo y Lotta están con sus caballos, dándoles un último cepillado para que salgan brillantes a la pista. Lotta es enormemente feliz. Cada vez que pasa cerca de «Black Beauty» le murmura algo al oído y él relincha suavemente.

Jimmy... ¿pero «dónde» está Jimmy?

No está en su carreta, ni con Lotta, ni en la pista, ni tampoco con el elefante.

Pero... ¿quién arma aquel alboroto en la jaula de los osos? Vamos a acercarnos.

¡Es Jimmy! Tiene puestos unos guantes de boxeo y está peleando con uno de los osos.

¡Plis!... ¡Plas!... ¡Plis!... ¡Plas!...

¡Qué juego tan divertido! Todos los osos parecen felices. «Lucky» está dando vueltas alrededor de la jaula gruñendo alegremente.

¡Adiós, Jimmy!... ¡Adiós, «Lucky»!... ¡Adiós a todos!

Quizás volveremos a vernos cualquier otro día. Hasta entonces. ¡Adiós!



FIN

Notas

[1] Tiny significa «menudo» en inglés. <<

Índice de contenido

Cubierta

¡Viva al circo!

Prefacio

1. El circo Galliano

2. Jimmy y Lotta se divierten

3. Todo va bien

4. Los tigres llegan al circo

5. En el circo hay mal humor

6. Jimmy y los tigres

7. Lotta descubre el secreto de Jimmy

8. ¡Pobre «Jemima»!

9. El señor Galliano se enfada

10. Adiós a los tigres

11. ¿Dónde está «Lucky»?

12. Lotta desaparece

13. La asombrosa aventura de Lotta

14. ¡«Lucky»!

15. Un regalo para Lotta

16. La doma de «Black Beauty»

17. Los osos llegan al circo

18. La oportunidad de Lotta

19. El éxito de Lotta

20. En el circo hay dificultades

21. Adiós a todos... y ¡buena suerte!

Notas

¡VIVA EL CIRCO!

Enid Blyton



SE

Lectulandia

